

Sánchez Cantón

ESPAÑA



PATRONATO NACIONAL DEL TURISMO

ROS
3
SUAL

BIB-S/93

ESPAÑA



BIB-5/93

PATRONATO NACIONAL
DEL TURISMO

ESPAÑA

POR

F. J. SÁNCHEZ CANTÓN

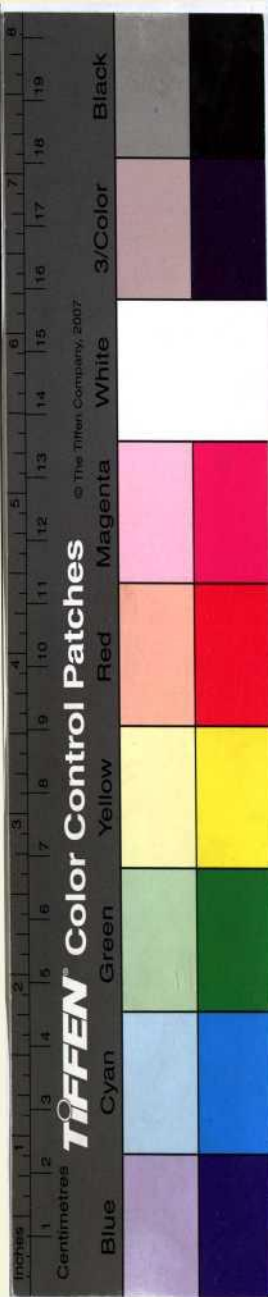


HAUSER Y MENET, MADRID

Si un concepto pudiera ser cifra del pasado y del presente de una nación, el de España sería éste: *diversidad*. El viajero Ford llamó a España «el país de lo imprevisto»; mas no es dictado que convenga ya a muchas manifestaciones de la vida española.

La diversidad —nota histórica y actual de España— despierta apetencias agudas en el hombre moderno que, ahito de la especialización impuesta por las horas que vivimos, quiere redimirse de la monotonía cotidiana, gustando en corto espacio y breve tiempo las más variadas sensaciones. Quizá, entre todos los países, España es el que pueda suministrarlas de mayor disparidad: una somera ojeada a su geografía, a su historia, a su arte y a su vida, lo probará cumplidamente.

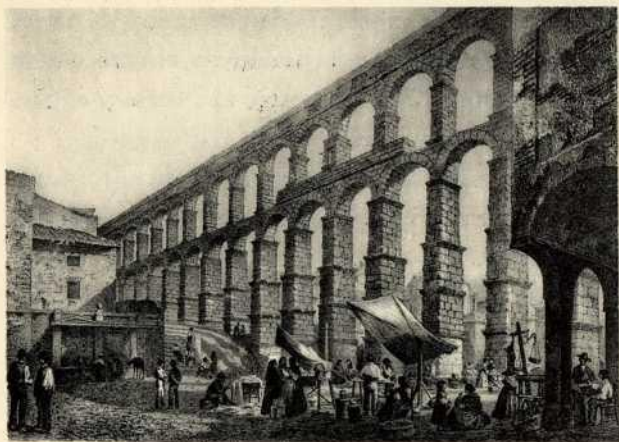
En estas páginas se agrupan ejemplos, sin pretender agotar las facetas incontables de España. Podrían, probablemente, sustituirse muchos de ellos, y desde luego aumentarse; sin



embargo, son suficientes los anotados para mostrar las más típicas características de la complejidad española.

Más que un himno a España o un elogio a la manera antigua, es lo que va a leerse una relación de modalidades peculiares, buscando el contraste, que es fuente de goces.

Escrito este libro por iniciativa del Marqués de la Vega-Inclán y publicado hace años por la Comisaría Regia del Turismo, al reimprimirse una vez más con correcciones y aumentos, ha parecido conveniente adornarlo con estampas del siglo XIX: precisas y exactas unas; arbitrarias otras, todas sugestivas y evocadoras. Fueron dibujadas por Parcerisa para ilustrar la obra titulada *Recuerdos y bellezas de España*, capital en los fastos de nuestra historiografía artística.



Segovia - El Acueducto

EL TERRITORIO

España está situada en el extremo oeste de Europa; es el cabo del mundo, el *finis terræ* antiguo y medieval. Es una península que semeja la piel de un toro extendida. Como en el mito clásico, la unión de España a Europa es siempre fruto de violencia; que en bien y en mal nuestro país tiene muchos caracteres no europeos.

El mar, que casi del todo la rodea y la aísla, abre senderos innumerables a la invasión. An

tes fué España el cierre del mundo; desde el Renacimiento es la avanzada en el camino de América; siempre paso entre el Norte y el Sur y campo de sus luchas.

La Península ibérica—geográfica, histórica y artísticamente hablando, prescindir de Portugal es un absurdo—mide 580.983 kms.² Por hallarse dentro del país localidades de lluvias frecuentísimas, todo el Noroeste y Norte, y lugares en los que no llueve en el transcurso de años, como algunos del bajo Aragón y del Sudeste abundan los cambios en la flora.

Entre el bosque del Norte—robles, castaños, hayas, abedules, avellanos, arces, pinos...—y el del Mediterráneo—encinas, acebuches, algarrobos, pinos albares...—; entre la estepa pelada y las huertas de Murcia y Valencia; entre la vega de Granada o la vera de Plasencia, y los olivares de Córdoba y Jaén; entre los trigales de la tierra de Campos y los prados de Asturias; entre los palmares de Elche y los cipreses del Generalife; entre los pinares de Segovia y Cuenca y los naranjales de Valencia y Alicante; entre los maizales gallegos y los viñedos de la Mancha, de la Rioja o de Jerez... la fisonomía del paisaje español muda de as

pecto en poco trecho; júzguese si habrá mayor aliciente para el turista ansioso de cambios.

Desde Granada, y en corto tiempo, se llega, de entre cármenes y macizos de pitas y chumberas, a las cumbres del Veleta y del Mulhacén — el pico más alto de España, 3.481 metros—; a aldeas alpujarreñas, casi de las de mayor altitud de Europa, y a la costa de Motril, rica en caña de azúcar y en algodón, donde no hiela nunca.

Pocas horas son suficientes para bajar del desolado Cebrero (Lugo), donde las casas son de planta circular, cuales las de prehistóricas *citánias*, y donde sólo se cultiva el centeno, a las rías de Pontevedra, riberas siempre verdes donde sazonan naranjas y limones, la palmera crece lozana, y magnolios y camelios viven sin cuidados.

Madrid dista 50 kilómetros de la sierra de Guadarrama, con nieve en junio, y está a igual distancia de Aranjuez, siempre florido, y de la Mancha inacabable, sin agua ni árboles.

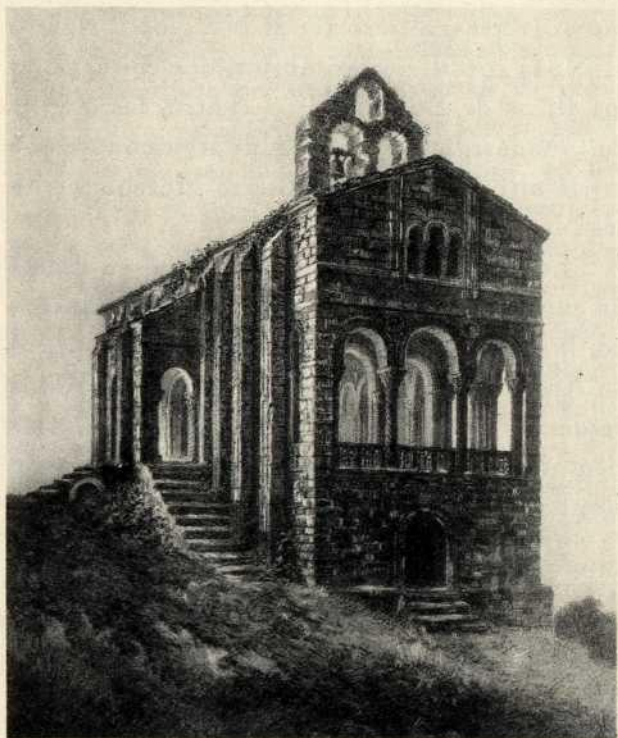
La sierra de Gredos tiene una laguna de purísimas aguas a dos mil metros, y desde

las cimas de Pico del Moro Almanzor, Calvitero y Acucalito se otean inmensos paisajes de pasmosa variedad, donde se hermanan la flora nórdica de la vertiente septentrional con el castaño, el olivo, la higuera, la vid, y aun el naranjo del campo de Arenas de San Pedro.

Los cambios más rápidos de paisaje se ofrecen al bajar de la meseta al litoral. Los *puertos* de Pajares, el Manzanal, Reinosa, Despeñaperros, el Chorro, etc., son trayectos en los que el viajero sorprende los puntos de vista más seductores.

La Península está, además, sembrada de lugares que pudieran llamarse *balcones* o *miradores*. Disfrútanse panoramas maravillosos desde el alto de Samieira, sobre la ría de Pontevedra; desde la cima del Tecla, sobre el Miño, Portugal y el Océano; desde Peñas Luengas, ante los Picos de Europa; desde el Parador de Navarredonda, frente a Gredos; desde el Iguelo, sobre la bahía de San Sebastián; desde San Miguel el Alto, sobre la Alhambra y la vega granadina; desde el Fito en Asturias; desde el castillo y calvario de Játiva; desde Covadonga; desde las torres de las catedrales de

Murcia, Valencia... Si esta relación se multiplicase por diez quedaría lejos de ser completa;



Oviedo - Santa María de Naranco

aunque no se incluyesen en ella los parajes sólo accesibles para los alpinistas, que en tal aspecto España no cede a ningún otro país eu-

ropeo; pues si los Alpes aventajan a nuestros montes en altura, su variedad es tal que permite alternativas y combinaciones de viaje muy diversas, al recorrer al NE., los Pirineos; al N., la cordillera cantábrica, que culmina en los Picos de Europa; en el centro, las sierras de Guadarrama y de Gredos irguiéndose sobre la altiplanicie; al S., Sierra Morena y Sierra Nevada.

La estructura geológica produjo en España extrañezas como el desfiladero de Pancorbo, la ciudad encantada en Cuenca; el torcal de Antequera en Málaga; las mesas de Villaverde; las cuevas de Artá, en Mallorca; la recién descubierta, de Santillana, el Tajo de Ronda...

Si el viajero fuese aficionado a los lagos, España le satisfará con novedades que deberían ser de antiguo famosas: el de Sanabria, en Zamora, y el Mar Menor, en Murcia, como ejemplos entre los grandes, y las lagunas de Gredos, Peñalara en el Guadarrama, Somiedo en Asturias, entre las de altura, y aún logrará la ilusión completa de un lago en Cobres, frente a Redondela, en el último seno de la ría de Vigo.

Y así es España: sierra y llano, costa brava y playa, estepa y vergel, cañada y arisca subida, valle de perenne verdor y parda llanura, monte raso y bosque inextricable; ríos que durante tres meses son torrenceras, y durante nueve caminos de andadura; otros de curso tranquilo y plácidas orillas, que luego se despeñan entre fragosos arribes; algunos, en fin, por salirse de toda norma, como el Guadiana, los bebe la tierra, y reaparecen leguas después más caudalosos; el mar alterna bravíos acantilados con rías de ensueño, en las que agua y tierra parecen complacerse en el largo contacto, abrigada su boca por islas que las hacen seguras y cómodas.

Las claras palabras con que describió a España el Rey Alfonso *el Sabio* en el siglo XIII se vienen a la pluma; ellas condensan cuanto pudiera decirse y mejor dicho:

«Entre todas las tierras del mundo, España ha una extremanza de abondamiento o de bondad más que otra tierra ninguna...

»...Es cerrada toda en derredor; del un cabo, de los montes Pirineos, que llegan hasta el mar

Océano; de la otra parte, del mar tirreno...
»...España es como el paraíso de Dios, ca



Oviedo - San Miguel de Lino

*riégase con cinco ríos cabdales, que son: Ebro,
Duero, Tajo, Guadalquivir, Guadiana; e cada*

uno dellos tiene entre sí e el otro grandes montañas e tierras; e los valles e los llanos son grandes e anchos; e por la bondad de la tierra e el humor de los ríos, llevan muchos frutos e son abundados. España, la mayor parte de ella se riega de arroyos o de fuentes, e nunca la menguan pozos en cada lugar donde los ha menester.

»España es abundada de mieses, deleitosa



Córdoba - La Mezquita

de fructas, viciosa de pescados, sabrosa de leche e de todas las cosas que de ella se facen; llena de venados e de caza, cubierta de ganados, los

zana de caballos, provechosa de mulos, segura e bastida de castillos, alegre por buenos vinos, folgada de abondamiento de pan, rica de metales de plomo, de estaño, de argent vivo, de fierro, de arambre, de plata, de oro, de piedras preciosas, de toda manera de piedra mármol, de sales de mar, e de salinas de tierra, e de sal en peñas, e dotros mineros muchos: azul, almagra, greda, alumbre e otros muchos de quantos se fallan en otras tierras; briosa de sirgo e de quanto se face dél, dulce de miel e azúcar, alumbrada de cera, cumplida de olio, alegre de azafrán.»

NOTAS HISTÓRICAS

La historia de España, cual la de todos los pueblos, y quizá más que la de ninguno, está gobernada por la geografía. País de tránsito, peninsular, con regiones muy feraces unas, de riquísimo subsuelo otras, había de ser tierra de promisión para diversas razas.

Aquí afincaron iberos y celtas, fenicios y griegos, cartagineses y romanos; de todos quedan monumentos, todos dejaron rastros étnicos. Durante siglos, estas sucesivas invasiones fueron dibujando el perfil fisonómico de España: pues ninguno de estos pueblos logró con tranquilidad el disfrute de nuestro suelo.

En los comienzos de la era cristiana, cuando la romanización uniformadora todavía no lograra desarraigar características primitivas, llegan los bárbaros del Norte, que establecen

dos reinos principales: el suevo y el visigodo; éste alcanzó tal cultura, que su esplendor por ninguno de los reinos congéneres fué superado.

Mas, antes de conseguir la íntima fusión

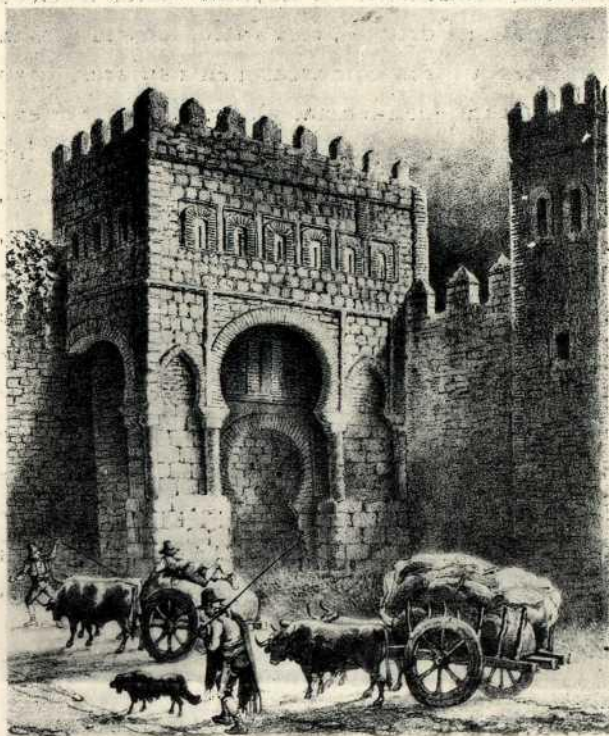


Sevilla - La Torre del Oro

ción con los elementos anteriores, irrumpen los moros, que no sólo por la guerra dominan toda España, y en dos siglos llegan, en punto de civilización, a donde su raza jamás subió.

La reconquista cristiana, pintada arbitrariamente a la manera de empresa militar, que duró ochocientos años, fué cosa muy diferente

de una larguísima guerra. Actuaron en la llamada reconquista fuerzas étnicas, imposicio



Toledo - Puerta antigua de Bisagra

nes geográficas, cambios sociales..., algo mucho más complejo que una lucha de pueblos de distinta religión.

Pasados los primeros siglos medievales, de máxima desorganización entre cristianos, se diseñan firmemente en España varios núcleos nacionales: Portugal, con suelo, lengua y raza comunes a otras comarcas peninsulares, hizo eficaz su independencia, y aun el apartamiento, con denonada voluntad, y, al correr de los tiempos, aventurándose en el Mar Tenebroso, logró imperar en apartadísimas tierras; León, fundido con Castilla, fué no sólo el centro geográfico, sino el impulsor de España durante quinientos años; Navarra, hasta la Edad Moderna, giró con frecuencia dentro de la atracción francesa, y Aragón, que, si por una parte conservó tanto o más que Castilla, los elementos indígenas, por otra, con Cataluña y Valencia, al buscar la natural expansión por el Mediterráneo, determinó muchas de nuestras salidas a Europa.

El Sur era del dominio cada vez más débil del moro, que, viviendo en taifas, aguardaba el empuje cristiano para mal morir.

Pero, estos núcleos nacionales no han de verse agrupados en dos bandos—el de la Cruz y el de Media Luna—en lucha incesante y porfiada. La paz entre moros y cristianos era

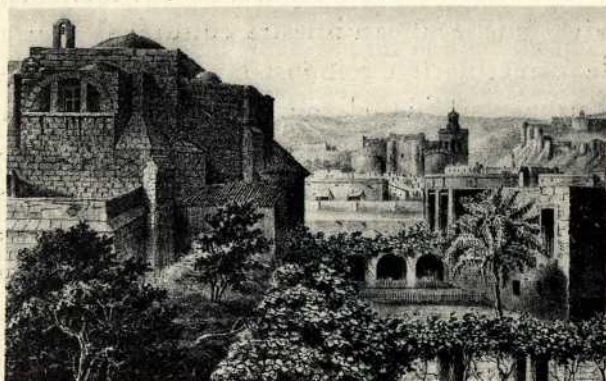
tan frecuente como la discordia entre reinos de la misma religión.

Para la historia de la civilización, más que estas luchas importa señalar las dos corrientes vivas que fecundan nuestra cultura: al Norte, la peregrinación compostelana, que viene de Europa; al Sur, el contacto con lo oriental. Al mezclarse estas aguas caudales de fuentes tan diversas sobre tierras pobladas por razas vigorosas, hicieron germinar y crecer pujante vegetación multiforme, indómita y original, a la que sólo faltó constante cultivo para lograr que granasen del todo las maravillosas flores de la Arquitectura, la Escultura, la Música y las Leyes, que hicieron de la España medieval la maestra de Occidente, aunque todavía muchos desconozcan o nieguen sus enseñanzas.

Los especiales caracteres de la reconquista explican nuestra Edad Media, de tanta variedad en artes y en letras. La división en reinos motivó la todavía no conseguida unidad peninsular; y ésto que para muchos españoles es espina dolorosa, constituye para el viajero fuente de deleite.

La *unidad* fué la obsesión de la Reina Católica: sus intentos reiterados no logró ver-

los cumplidos. Consiguió atar en un haz y puso bajo yugo de justicia y de amor a Castilla, León, Galicia, Asturias, las Provincias



Almería

Vascongadas, Extremadura, Aragón, Valencia, Cataluña, Murcia y Andalucía; ligados estos reinos, acometieron y realizaron la empresa americana, la mayor que registra la historia del Mundo. Con porfiados empeños buscó Isabel I la unión con Portugal; pero la muerte cortó una y otra vez los lazos que habían de atarnos, y cuando la unión llegó, fué efímera; porque, de un lado, por herencia del Rey *Hermoso*, estábamos metidos en continuos pleitos europeos, que nos impidieron

compenetrarnos con el pueblo hermano, y de otro, Portugal acababa de ver frustrarse dolorosamente sus ideales en África, lo que avivó su afán perdurable, noble y legítimo de independencia.

Las empresas ultramarinas y las andanzas europeas, desangraron y empobrecieron materialmente a España; pero, la enriquecieron en espíritu y la poblaron de memorias gloriosas.

La decadencia política y guerrera coincide con el esplendor en letras y artes; los con



Granada

tinuos reveses militares motivaron que después se desperdigasen menos nuestras fuerzas. Las aventuras de más de un siglo sirvieron de

motivo de esparcimiento y de reflexión; se despertaron actividades que el incesante descubrir y conquistar mantuviera apartadas y sin uso, y así, entre fulgores de puesta de sol deslumbrante, España recorre el siglo xvii.

En el xviii liman nuestro carácter nacional los repetidos ensayos europeizadores que, coincidiendo con el entronizamiento de una dinastía francesa, ganan a las clases directoras, hacen progresar, sin duda, la vida de España; mas, se vió que todavía quedaba intacta la fibra patriótica en la guerra de la Independencia.

Con el dolor de tantas vicisitudes, España elaboró una civilización propia — lengua, letras, artes, leyes... — que generosa vertió sobre un continente.

De lo que después sucedió no es sazón de hablar, que la historia reciente amarga como la fruta verde, según dicho de Galdós.

La historia de España en las dos últimas centurias puede verse en emblema como un vaso precioso que, lleno de los más ricos frutos, se hubiese volcado, guardando el aroma por recuerdo.

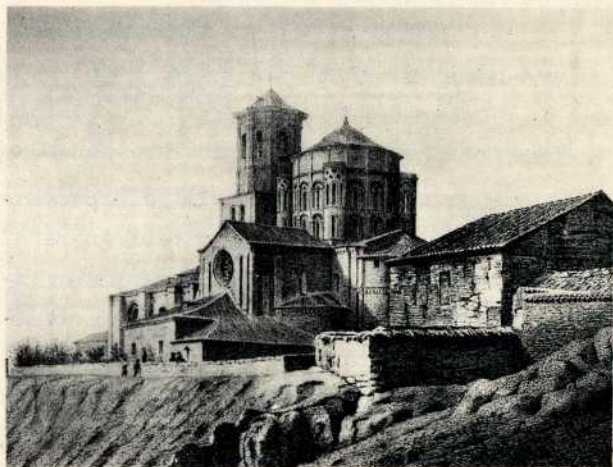
Del presente, con sus consoladoras realidades y sus esperanzas, se hablará después.

L A S A R T E S

Si el terreno y el clima de España presentan peculiaridades, incluso contradictorias; si en flora y fauna produce el suelo español especies de zonas distantes; si los caracteres étnicos pregonan las huellas de razas invasoras diferentes, y la historia declara en todas sus páginas diversidad, no ha de extrañar que, reflejándose estas circunstancias en las artes, muestren el más vario conjunto de formas de belleza que es dable admirar hoy día en el mundo.

Pero no se ha de creer por eso que el arte español es simple muestrario de los diferentes estilos—aunque sea típica la diversidad de sus aspectos, nacida del cruce fecundo de influencias—, sino que está definido con caracteres hondos y permanentes, que dan fisonomía acusada por fuertes rasgos a todo lo peninsular.

Porque España es tierra de precursores artísticos, el viajero encontrará genealogía a muchas formas en otros países granadas y que

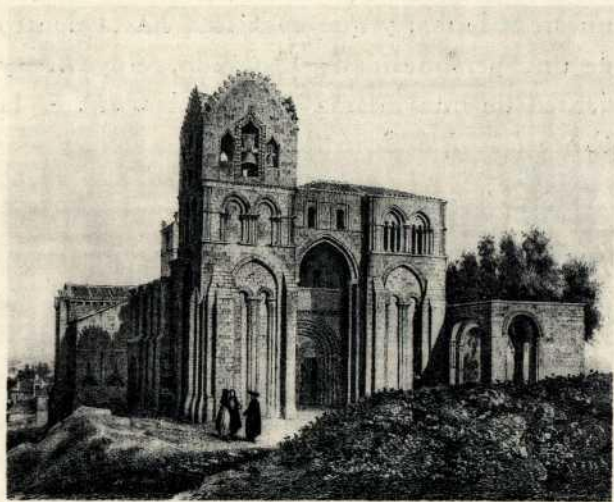


Toro - La Colegiata

por falta de continuidad en el esfuerzo aquí quedaron en cierne.

También de Occidente puede salir la luz del arte, que es luz plácida y suave. España fué foco que irradió formas artísticas en las lejanas edades prehistóricas; y en las tinieblas medievales fué antorcha; y fué guía para la pintura moderna; y en los momentos de mayor postración del arte europeo puede enorgu

llecerse de haber producido personalidades artísticas fuertes y originales. No siempre fué apreciado debidamente nuestro arte, muy poco académico y un mucho indisciplinado porque algunos juzgan cualidades secundarias la originalidad y el brío poniendo por encima de ellas las reglas — en España desobedecidas por fortuna, en las épocas de mayor pujanza en



Avila - Basílica de San Vicente

letras y artes—. Pero, aun quienes piensen que la medida ha de estar sobre todo, reconocerán de grado que el viajero gozará intensa

mente en la contemplación de obras libres de trabas, labradas en la veta bravía de la raza por el genio artístico español, todo vigor y pasión; que, siendo menos intelectual que humano, buscó en los hombres de carne y hueso su inspiración, de donde su variedad, su verdad y fuerza; de donde también las notas antagónicas — exaltación mística y complacencia en la realidad — que caracterizan nuestras artes y nuestras letras; y que coexisten hasta dentro de una personalidad — Quevedo, Goya... — y dentro de una misma obra — *El Quijote*, la *Santa Isabel*, de Murillo...

LA ARQUITECTURA

De la infancia de la Humanidad presenta España manifestaciones anteriores unas y superiores otras a las del resto de Europa.

Quizá fuera de las grandes pirámides egipcias no hay en el mundo construcciones comparables a los dólmenes de la Cueva de Menga, El Romeral y Viera (Málaga). Los Millares (Almería) y Matarrubilla (Sevilla). Dólmenes más simples abundan en Galicia, Avila, Salamanca y Cataluña. Las *taulas*, *talayots* y *navetas* de Baleares ofrecen modelos inusitados. Los castros gallegos y portugueses y las *mámoas*, en otros tiempos tan ricas en objetos de oro como hoy expoliadas, suministran tipos arqueológicos de gran interés.

Las marismas del Guadalquivir guardan, tal vez, las ruinas de la insigne ciudad de Tartessos, quizá como Creta, Egipto y Caldea, solar



de una civilización original, deslumbradora.

Las murallas de Tarragona y Sagunto, la escollera de Ampurias, el emporio de Bares

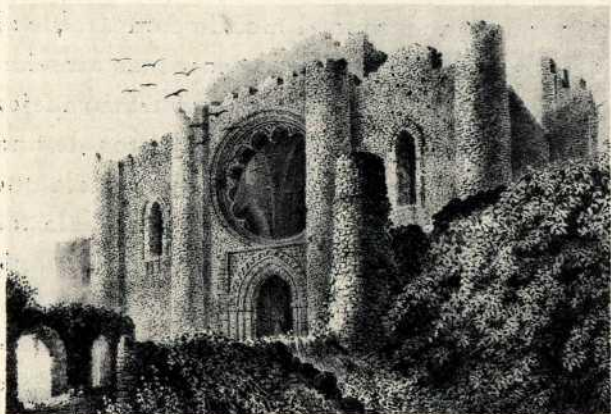


Lérida - La Catedral vieja

(Coruña), restos ingentes son de la arquitectura anterromana. Gracias a modernas excavaciones, ciudades ibéricas enteras van saliendo a la luz: la heroica Numancia da de nuevo al viento las cenizas de su martirio; la populosa Arcóbriga muestra su templo, su circo, su asamblea, y podemos recorrer sus calles recibiendo la impresión vibrante de la vida antigua y así Azaila, las Cogotas, etc. En el Noro

te de Portugal y en Galicia todos los días aparecen nuevas *citánias* (Briteiros, Santa Tecla, Domayo, Mondariz, San Esteban de Las...) revelando un pueblo de escasas necesidades, de vivir tranquilo y bien abastado.

Por toda España surgen vestigios de santuarios; y si hasta ahora no se ha descubierto ninguno completo—ya se conoce algún edificio ibérico, como la cámara subterránea de Peal (Jaén)—, en cambio se recogen a manos



Calatrava (Ciudad - Real)

llenas exvotos de bronce, y de piedra, útiles diversos que permiten ir conociendo las artes industriales y la plástica hispánicas.

La aparición de fragmentos decorativos, delatores de una influencia clásica asimilada, permite reconocer rasgos típicos en los adornos arquitectónicos, que muestran extrañas semejanzas con lo visigótico probando la constante actuación de una fuerza nacional.

La dominación romana en España fué, cual en todas partes, eminentemente constructora, y como su arquitectura era perdurable, todavía se pueden admirar obras que sobrepasan a las mismas de Italia. No hay edificación romana en todo el mundo comparable al Acueducto de Segovia, ni puente más atrevido y bello que el de Alcántara, ni teatro mejor que el de Agripa, en Mérida, ni restos de una explotación minera hecha en mayor escala que las *Médulas* del Bierzo, pingües en oro; la torre de Hércules, en la Coruña, el *farum brigantium*, famoso en las Edades Antigua y Media, es imponente edificio, pese a la reforma del siglo XVIII; los anfiteatros y circo de Mérida, Itálica y Sagunto; los arcos de Tarragona, Évora, Medinaceli, Cáparra; los templos de Mérida y Talavera la Vieja; los puentes de Salamanca, Bibey (Orense) y Mérida; los baños de Alange (Badajoz), tantas ruinas y tan

tas calzadas, pregonan la importancia de España bajo el Imperio.

De la vida privada de los tiempos romanos quedan muestras como la de la Villa de Navatejera (León); el Palacio de Augusto, en Tarragona; el probable ninfeo de Santa Eulalia de Bóveda (Lugo), con pinturas de extrema perfección y técnica clásica, etc., etc.

De los comienzos del cristianismo, que en España tuvo seguidores desde el siglo I, se conservan también huellas monumentales importantes: las dos basílicas de Manacor (Mallorca) y la de Cabeza de Griego; el episcopio de Mérida; la necrópoli de Cilla (Huesca); las cúpulas de Centcellas; las misteriosas edificaciones de Gabia la Grande (Granada), y muchos otros restos que patentizan esplendidez y devoción.

Este arte cristiano primitivo denuncia el parentesco con el Norte de Africa, relación que antes y después ató y ata nuestra vida.

Si de los suevos se ha perdido casi todo recuerdo monumental—algún sepulcro y alguna piedra labrada por toda memoria—, en cambio de los visigodos llegaron a nosotros

numerosas iglesias, como la de San Juan de Baños (Palencia), espaciosa y de líneas amplias; San Pedro de la Nave (Zamora) y Quintanilla de las Viñas (Burgos), ricas en talla; Santa Comba de Bande (Orense), de proporciones bellísimas y con singularidades, cual la de su cúpula, y Montelios cerca de Braga, en Portugal, también con peculiar estructura, son las obras maestras de aquel arte en el que se juntaban a la tradición hispánica y clásica, la obsesión del imperio de Oriente y los motivos de la profusa decoración bárbara. Pocas construcciones godas de carácter civil se conservan, y ninguna es más importante que la magna reforma del puente de Mérida, ejecutada bajo Ervigio. De la vida privada quedan los restos de la *villa* de Daragoleja (Granada) y capiteles y fragmentos decorativos de los palacios toledanos y emeritenses.

Contrastando con la escasa huella que los visigodos dejaron en España—ni casi vocablos en nuestras lenguas, ni usos, ni grandes monumentos—, los moros, en cambio, marcaron su paso y estada por modo indeleble. Nada más atractivo para el viajero, ni más evocador, que Córdoba, Sevilla, Toledo, Gra

nada... y tantas otras ciudades, tesoros de un arte que sólo aquí puede admirarse. Mas, no



Zamora - La Catedral

ya la Mezquita cordobesa, ni la Giralda y el Alcázar sevillanos, ni Santa María la Blanca,

el Tránsito y el taller del Moro, en Toledo, ni la Alhambra y el Generalife granadinos, solicitan al turista; subyúganle el ambiente de aldeas y ciudades moras por la arquitectura y moras por las costumbres; las huertas levantinas, regadas por acequias moriscas; los trajes y los cultivos, la música, los patios y las rejas, los jardines y los palmares... y la luz cegadora de un sol implacable: la visión de Oriente en el Occidente extremo.

El arte árabe florece en España como en su tierra de origen: halló aquí ambiente propicio y terreno abonado; el arco de herradura, que llegó a ser *su arco*, en la Península aparece siglos antes de la invasión. De todos los períodos poseemos monumentos grandiosos: de la esplendorosa época califal, la maravilla de la mezquita cordobesa (siglos VIII a X) y las ruinas de aquella gran ciudad de lujo y de placer que se llamó Medina Azahra (siglo X), capricho de un califa omnipotente; de tiempos almohades, la Giralda (siglo XII), una de las más bellas torres del mundo. Y cuando la civilización árabe, perdida la savia viril que le diera el dominio, vivía en la molicie y en el lujo, conservando la genialidad artística, refie

nada cual en todas las decadencias, lábranse los ensueños granadinos que se llaman la Alhambra y el Generalife (siglos XIII y XIV). Al lado de esto, castillos a centenares y palacios como el Alcázar de Sevilla (siglo XIV) que reconstruído para cristianos, es, en gran parte, morisco.

No hay manifestación de belleza en la Edad Media española en la que falten elementos musulmanes, que salvando las barreras religiosas originan las arquitecturas mozárabe y mudéjar.

En las nieblas de los siglos VIII al X, cuando en Europa el nivel de la cultura llegó más bajo—excepto en Francia el foco carolingio nada original, pues por declarado designio tendía a resucitar el imperio romano—, dos estilos artísticos gallardean en la Península: el *asturiano* o proto-románico y el *mozárabe*.

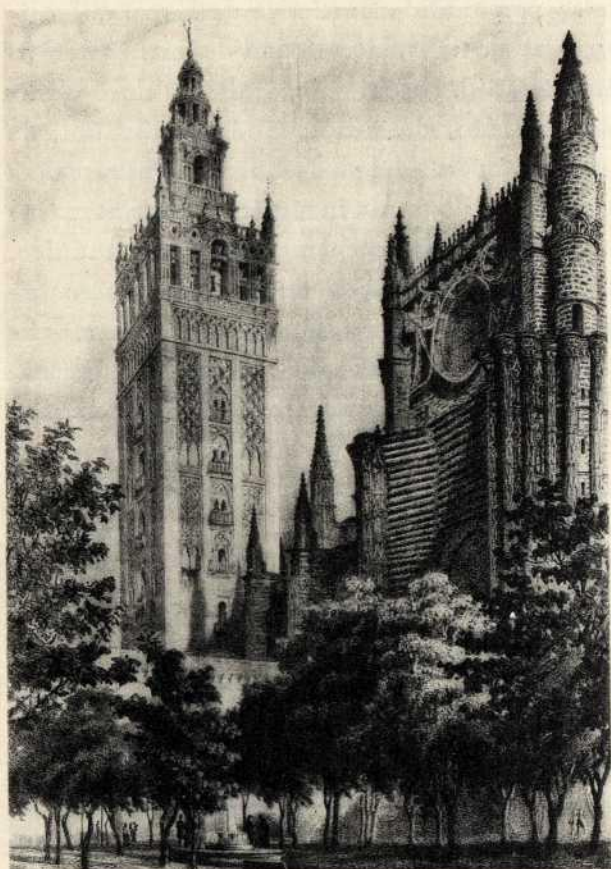
El mismo arte carolingio—que como toda la cultura de la corte del Emperador recibió influencias hispánicas personificadas en nuestro gran Teodulfo—presenta en la Península uno de sus más típicos ejemplares: San Pedro de las Puellas (Barcelona).

Las iglesias asturianas del siglo IX son los

más claros antecedentes del estilo románico en el mundo, por sus elementos y por su organización. Hay que distinguir en ellas dos grupos: el de Alfonso II *el Casto*—Santullano de los Prados, San Tirso, la Cámara Santa—tal vez debidos al genio del arquitecto Tioda: planta basilical, pilares monolíticos y, a veces, pilastras encapiteladas y uso de estribos para reforzar los muros; y el ramirense—Santa María de Naranco, San Miguel de Lino, Santa Cristina de Lena, San Salvador de Valdediós...—en estas iglesias a los estribos sólidos exteriores «corresponden refuerzos interiores, a modo bizantino, en forma de columnas, y sobre ellas cabalgan arcos murales y otros de través ciñéndose a las bóvedas de cañón que cubren absolutamente estos edificios..., métodos que dos siglos más tarde constituyeron el sistema románico lemosino». Es definitiva la atribución a Ramiro I (842-850) de estas construcciones.

El arte *mozárabe* fué singular producto de la acción vivificadora del genio árabe sobre la tradición visigótica, patente en las preciosas iglesias conservadas de Celanova (Orense), Escalada y Peñalva (León), Lebeña (Santan

der), Melque (Toledo), San Baudelio (Soria),



Sevilla. * Catedral. El Patio de los Naranjos
la Peña, en Aragón, la Cogolla (Logroño),
Bobastro (Málaga)...

Revelan las iglesias mozárabes una faceta de la personalidad artística de España: la diversidad de tipos, la variedad de formas dentro de un estilo. El arte mozárabe es claro ejemplo, también, del fenómeno, tan español, de que, en vísperas del pleno florecimiento, se manlogre un estilo por la invasión de formas extrañas; en este caso, la entrada del arte románico.

Estos dos grupos de monumentos *asturianos* y *mozárabes* están perfectamente definidos, puesto que los más de ellos tienen fecha. Con notorio apasionamiento ha sido negada su antigüedad por algunos críticos extranjeros, fundados en que Francia no posee de arte prerrománico más que pobres restos de iglesias carolingias destrozadas por dos plagas: el tiempo y los restauradores.

La excursión que el viajero puede hacer por el arte de estos lejanos siglos, será, a más de única en Europa, extraordinariamente pintoresca y sugestiva. Muchas de estas iglesias están situadas en bellísimos parajes, nada frecuentados. Su visita impresiona por el primor con que están construídas y sus cortas dimensiones no empecen a la maestría con que los elementos están tratados.

No se puede dudar que en los orígenes del estilo románico tiene España que reclamar participación. De muchos de sus elementos hay aquí ejemplos anteriores a los de todo el mundo y se ha visto cómo la organización de las iglesias asturianas precede en dos siglos a la de las románicas.

En el reinado de Sancho el *Mayor* (1000-1038) parece que por Navarra entran las formas románicas extranjeras. En la peregrinación compostelana ha de verse el vehículo más adecuado para la importación rápida del nuevo estilo.

El «camino de Santiago» fué poderosa arteria en la vida cultural de España, pero también lo fué para la de Europa; si por él llegaron las gráciles estrofas provenzales, por él marcharon ritmos y melodías árabes a fecundar la música europea, y tal vez fué vía exportadora de formas arquitectónicas; recuérdese que Alfonso VI dota la construcción de Cluny, y que Silos y San Isidoro de León carecen de precedentes franceses.

Término del devoto viaje, la imponente iglesia de Santiago (1060-1096), es obra maestra de la arquitectura románica, y contempo

ránea de su rival San Sernín de Tolosa; a la vez que culmina en la escultura del estilo con la Puerta de Platerías (1102), da triunfal entrada al arte gótico con el Pórtico de la Gloria

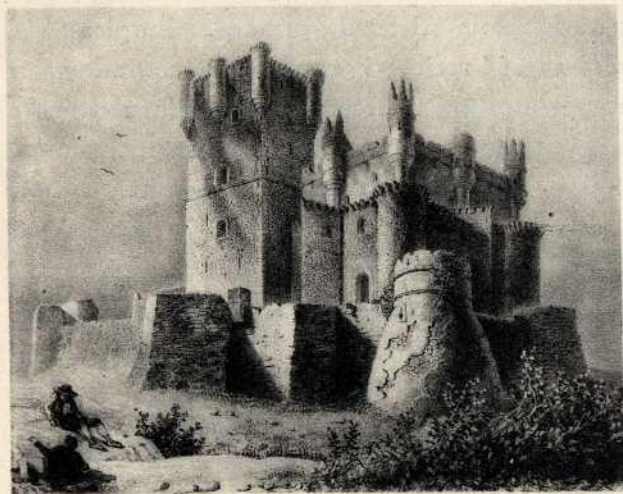


Tarragona « Claustro de la Catedral

(1188), del inmortal maestro Mateo. Tiene por seguidoras otras iglesias: la vieja de Coimbra, la de Orense, la de Tuy...

Entre los grandes templos románicos españoles están: San Isidoro de León (1005-1149) con su panteón de los reyes, Sahagún casa cluniaciense, matriz de las de España, y la Catedral de Jaca. La Catedral de Zamora, la

Colegiata de Toro y la Catedral vieja de Salamanca, yerguen sus cimborios de sabia estructura bizantina, dando una nota singular al románico. En Ávila, la Basílica de San Vicente muestra ya indicios del tránsito al arte gótico. No cabe aquí la enumeración de las iglesias segovianas con su típico pórtico exterior (San Millán, San Martín, San Juan de los Caballeros), ni las de Soria (San Juan de



Guadamur (Toledo)

Duero y Rabanera, con singular cruce de arcos), ni los templos aragoneses y catalanes

— San Pedro el Viejo, de Huesca; Claustro de Gerona; pórtico de Ripoll y tantos más.

Típicamente española es la modalidad del románico en ladrillo, traducción al lenguaje popular del arte noble, de importación, cluniasense. Por popular está empapado de carácter moro, y moriscos eran los más de los maestros que construyeron las iglesias mudéjares. Es un arte gracioso; la adustez y oscuridad de los templos románicos se pierde al emplear un material ni recio, ni grande, ni apropiado para ser esculpido; la decoración, al tener que ser meramente geométrica, quiebra las líneas austeras y amplias y anima el conjunto con la obligada alternativa de ladrillos y tendeles que da policromía, cuando no con la profusa ornamentación del yeso labrado (iglesias de Cuéllar, de Arévalo, y de Sahagún, etc.).

Cada día se ve con mayor claridad que el estilo románico es transicional y que el gótico es el término de su evolución. En los orígenes de las nervaduras tal vez tuvieron parte las arquerías cruzadas de estirpe califal, y por ende España puede reclamar con buen dere

cho título de intervención en el nacimiento del arte gótico.

Impulsado el gótico en sus principios por la reacción cisterciense contra el lujo y la ostentación de Cluny, y logrando los monjes bernardos auge extraordinario, vióse España poblada de edificios de transición en las postrimerías del siglo XII y comienzos del siguiente; mas, los templos del Cister, que huyendo del tráfigo mundanal se construyeron alejados de las ciudades, al despoblarse se arruinaron; y ruínas son Moreruela, en Zamora, el más antiguo entre los españoles; Retuerta y Valbuena, en Valladolid; Sacramenia, en Segovia; Piedra, Veruela y Rueda, en Aragón; Oliva y Fitero (Navarra), Poblet (Tarragona), Santa Creus (Lérida), etc., etc.; tan sólo conservan el culto aquellos monasterios de bernardos situados en regiones de población campesina y densa como Galicia (Armenteira, Melón, Osera, Oya). En Portugal, Alcobaza es colosal monumento del estilo.

Las grandes catedrales góticas, Burgos (1221), Toledo (1226) y León, nada tienen que envidiar a las francesas y alemanas, sobrepusándola en variedad y riqueza; pero, quedando

por bajo de ellas en unidad. Una catedral española fué un ser vivo durante más de quinientos años; la devoción de cada siglo le añadió bellezas artísticas, y así llegaron a nosotros siendo verdaderas sumas de arte; los estilos más diversos se funden en ellas tan sólo por el sentimiento que los inspiró y por el carácter nacional, sello de su factura. Es incalculable el número de templos góticos que hay en España: desde el último tercio del siglo



Palencia • Puerta de Monzón

xii (Catedral de Avila; San Vicente, de la misma ciudad; Pórtico de la Gloria, de Compostela); Las Huelgas (de Burgos), hasta bien

entrado el xvi (Catedrales de Segovia y Salamanca, por ejemplo), puede seguirse paso a paso la evolución del gran estilo cristiano:



Guadix (Granada)

Cuenca, Barcelona, Palma, Batalha, en Portugal; Sevilla, que es la mayor catedral de España...

De igual modo que al lado del arte románico de importación se fué elaborando un estilo popular mudéjar de ladrillo, en las iglesias de villas humildes o de barrios pobres de ricas ciudades, también se cultivó el estilo gó

tico por los alarifes moriscos, y hay, por tanto, un gótico mudéjar interesantísimo: en él culminan las torres de Teruel, del siglo XIII; las toledanas de la misma centuria y de la siguiente; castillos como el de Coca (Segovia), del siglo XV; iglesias de Illescas, Sahagún, Talavera de la Reina (Toledo), y mil más, que por centenares se pueden contar los monumentos de este arte tan español y tan bello; la joya del estilo es el claustro de Guadalupe. El mudéjarismo se introduce hasta en los templos de mayor porte y prestancia aristocrática, y en el crucero de la Catedral de Toledo un crítico francés clarividente señaló esta nota que españoliza el gótico de la magna iglesia primada.

Esta corriente mora bautizada, este mudéjarismo infiltrándose cada vez más, llega en el último tercio del siglo XV a crear el gótico llamado «estilo isabelino»—por la Reina Católica—españolísimo, en el cual las líneas del gótico florido se exaltan en parte, en parte se contiene y siempre se modifican, produciéndose las maravillas de Guadalupe, San Juan de los Reyes, en Toledo; cimborios de Zaragoza, con bóvedas de estrella musulmanas; la Capilla Real de Granada, el Castillo del

Real de Manzanares, el Palacio del Infantado, en Guadalajara; la Casa de las Conchas, en Salamanca; el Seminario de Baeza... Si la estructura y las líneas que presiden son góticas, la decoración profusa muestra recuerdos del odio del moro al paramento liso, y ya cubre de esculturas la Capilla mayor de San Juan de los Reyes o la *dorada* de la Catedral salmantina y la de los Vélez en Murcia, ya anima las fachadas con almohadillados, picos, clavos y conchas, ya las convierte en inmensos tableros ornamentados (San Gregorio, de Valladolid). El mismo gusto quizá explica los retablos colosales (Cartuja de Miraflores Catedral de Sevilla)...

Sólo de pasada se han de recordar los techos de carpintería morisca que, innumerables en toda España, presentan los ejemplares de Tordesillas, Salón de linajes en el Palacio del Infantado (Guadalajara), San Juan de la Penitencia, en Toledo; Salón de Concilios (Alcalá de Henares)...

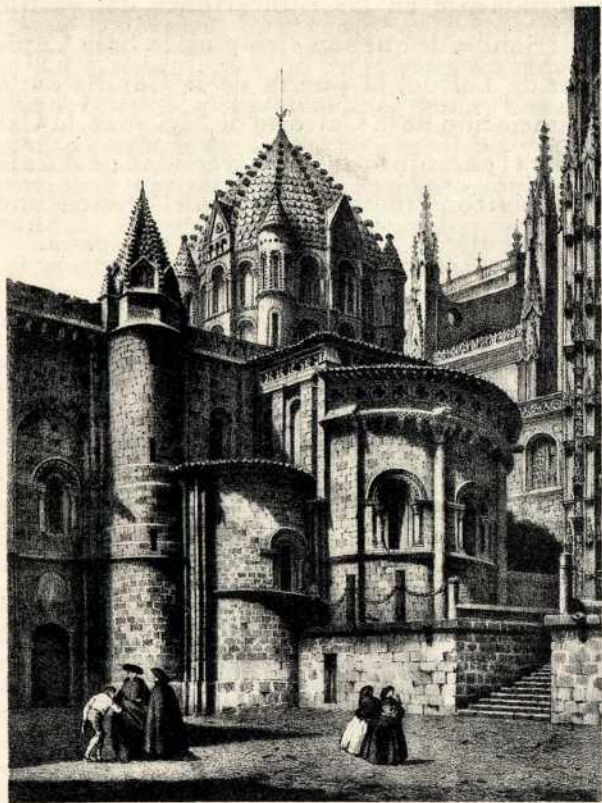
Cuando aquí agoniza el «estilo isabelino», aparece en Portugal el arte «manuelino». Por ser el portugués pueblo que en el mar había hallado el cumplimiento de su misión históri-

ca, al llegar a la cumbre de toda grandeza elabora un arte nacional, que, siendo de raíz gótica, adquiere sello singular por los elementos naturalistas—especialmente marinos—con que por exuberante manera decora las fachadas de Tomar y de Cintra, las capillas «imperfeitas» y el Claustro de Batalha y la Torre y el Monasterio de Belen. Y nótese para confirmación de la hermandad ibérica, que el creador del «manuelino» es el montañés Juan del Castillo.

Antes de entrar el siglo xvi comienzan a llegar de Italia las formas renacientes; lo que en un principio fué tímida introducción de elementos decorativos tratados a la gótica y esclavizados a las líneas del viejo arte, o trasplante material de obras italianas, fué poco después logrado consorcio en el estilo plateresco: fachada de la Universidad salmantina—que es la traducción renaciente de San Gregorio, de Valladolid—; Capilla de Santa Librada, en la Catedral de Sigüenza; casas de la Salina y de las Muertes, en Salamanca...

Mas de igual guisa que el influjo moro se dejó sentir en el estilo románico y en el gótico, dando origen al arte mudéjar correspondiente,

a pesar de la decadencia en el vigor musulmán
producida por la conquista de Granada, toda



Salamanca * La Catedral vieja

vía tuvo fuerza para, aliado con el gótico, re-
sistir la presión del arte renaciente, y cuando

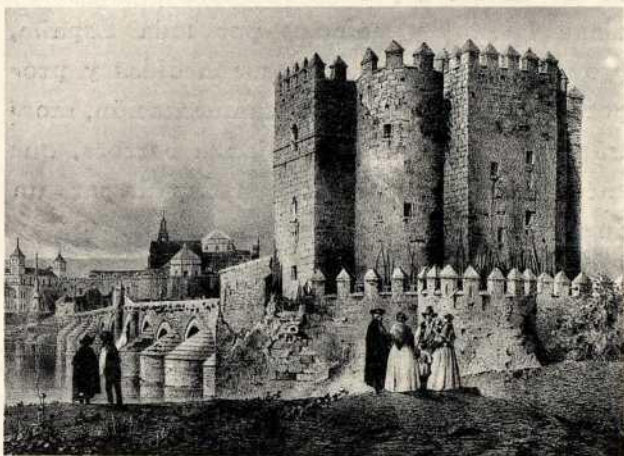
se hizo invencible, infiltrarse en las obras labradas a la italiana, acusando su presencia notoriamente en las edificaciones del «estilo cisneriano», de que son ejemplos: la Sala Capitular de Toledo, la puerta de la Capilla de la Anunciación de la Catedral de Sigüenza, la Capilla y el paraninfo de la Universidad de Alcalá y demás construcciones de aquel franciscano que conquistó a Orán y gobernó a España.

El genio de Siloe, Covarrubias, Berruguete y otros echaba los cimientos de un arte español renaciente, original y propio (Catedral de Granada, Ayuntamiento de Sevilla, Monterrey y Colegio del Arzobispo, en Salamanca; Universidad de Alcalá, fachada y patio del Alcázar de Toledo...). Pero, como siempre, la introducción avasalladora de formas extrañas pretendió desviar la corriente genuina: Machuca construye el Palacio de Carlos V con el mismo rigor que pudiera hacerlo un arquitecto italiano de la gran época; Vandelvira, la Sacristía de la Catedral de Jaén; Diego de Torralba, la iglesia de la Concepción, en Tomar (Portugal), y Villalpando, la escalera del Alcázar toledano. Mas tales purezas clásicas

no arraigaron en nuestro país, muy poco dado a austeridades decorativas; y si la voluntad de Felipe II levanta la ingente mole geométrica de El Escorial, y a su imitación forzada se alzan iglesias y palacios por toda España, pronto comienzan a alterarse medidas y proporciones y se prodiga la ornamentación, mostrándose en seguida la pujanza barroca, que encuentra terreno propicio en España para un duradero y pomposo florecimiento.

El barroquismo iníciase en España en los últimos años del siglo xvi—Chancillería de Granada (1580), Palacio del Viso, Sagrario de Toledo...—se acentúa firmemente en el Panteón de los Reyes, de El Escorial; en el mismo reinado de Felipe IV caracteriza las obras de Cano y la capilla madrileña de San Isidro, y en tiempos de Carlos II llega a su esplendor, convirtiéndose en moda arrolladora, y con los Churrigueras, Casas Novoa, Rovira Brocandel, Pedro de Ribera, Hurtado Izquierdo y Narciso Tomé alcanza el señorío de las formas artísticas, para perpetuo tormento de gustos académicos, horror de clasicistas y fruición de quienes, sin prejuicios, contemplan la fachada de la Catedral compostelana, la Plaza

Mayor de Salamanca, el Palacio de Dos Aguas de Valencia; el Seminario de Teruel, la Cartuja de Granada y el Transparente de la Catedral



Córdoba • La Calahorra

de Toledo. A un barroco mitigado por las enseñanzas académicas pertenecen: el grandioso Palacio Real de Madrid, uno de los primeros de Europa; la Santa Casa de Loyola, el Convento de Mafra, en Portugal; las Salesas Reales y el Palacio de Liria, en Madrid.

Todavía el arte neo-clásico, dentro de su falta de carácter nacional, presenta en España monumentos de gran belleza. El Museo del



Medina del Campo (Valladolid) / El Castillo de la Mota

dral de Cádiz, la iglesia de Santa Victoria, en
Córdoba; la Puerta Llana de la Catedral de

Toledo, son construcciones en las que el viajero puede reposar de la agitación churriguesca. Don Ventura Rodríguez y D. Juan de Villanueva fueron los más grandes arquitectos de este período.

No es grato, y sí difícil, hablar de lo contemporáneo; pero, para el turista será útil la indicación de que la inventiva nacional sigue acusándose en obras actuales. Nadie sabe cómo las generaciones que han de venir juzgarán el empeño original o excéntrico de un Gaudí en el templo de la Sagrada Familia de Barcelona, ni qué pensarán de la edificación urbana de Bilbao, Sevilla, Madrid, Barcelona y demás ciudades florecientes.

El extranjero encontrará tal vez excelencias que nosotros, por demasiado próximos, no podemos apreciar con justicia.

Vigor, dinamismo, falta de medida, exaltación, originalidad, incongruencias, pasión, adivinaciones extrañas, carencia de continuidad en el esfuerzo, predominio de los valores emocionales sobre los elementos técnicos; diversidad, diversidad, diversidad, he aquí las notas de la arquitectura española.

LA ESCULTURA

La escultura española es manifestación mucho menos conocida y apreciada que nuestro arte pictórico, y sin entrar en comparaciones inoportunas, requiere ser considerada atentamente.

Desde los tiempos anteriores a la romanización—Dama de Elche, estatuas del cerro de los Santos, relieves de Osuna, sepulcro antropoide de Cádiz, esfinge de Balazote...—hasta el día—Mogrovejo, Julio Antonio y Mateo Inurria, por hablar sólo de los muertos—, la plástica española presenta una serie no interrumpida de monumentos de gran valor.

En los siglos más oscuros de la Edad Media labrarónse los visigóticos capiteles e impostas de San Pedro de la Nave, las fajas decoradas y los relieves—entre ellos la primera

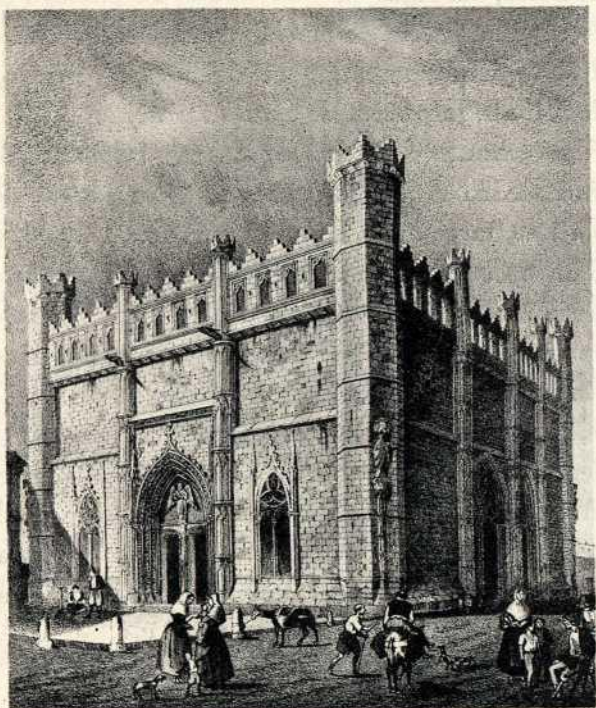
efigie española de Jesucristo—en la ermita de Quintanilla de las Viñas (Burgos), las jambas de San Miguel de Lino y los medallones de Santa María de Naranco (Oviedo), el sepulcro de Briviesca (Burgos) y la pila de San Isidoro,



Cogolludo (Guadalajara) • El Palacio

de León. Siendo los árabes enemigos de la representación animada, esculpieron, sin embargo, arquetas de marfil y pilas de abluciones, y lograron tal dominio técnico, que influyendo en tierras cristianas, hicieron surgir la escuela

eboraria de la corte de Fernando I de León,
que produjo las maravillas del Cristo del Museo Arquelógico de Madrid y de los marfiles de



Palma de Mallorca • La Lonja

San Millán, sin rivales conocidos; las arquetas de plata de la Cámara Santa de Oviedo, y de San Isidoro en León.

Por la maestría aprendida de bizantinos y de moros, y tal vez por mano mora, se labran los capiteles románicos y los grandes relieves de Silos, del siglo xi, y rayaba el xii cuando se esculpe la puerta de las Platerías en la Catedral de Compostela; poco después, el pórtico de Ripoll, la puerta de San Vicente, en Avila, y los grandes claustros de Estany (Cataluña), San Pedro el Viejo (Huesca), San Cugat de Vallés (Barcelona), firmado por Arnal Catel, y el de la Catedral de Gerona, que es el mayor de España. Estos y otros muchos ejemplos prueban cómo el influjo francés toma formas propiamente españolas, acentuándose la personalidad de las escuelas regionales y locales, y llegándose de este modo al Pórtico de la Gloria en la Catedral de Santiago, labrado por el maestro Mateo y fechado en 1188, tal vez la más sorprendente página en la historia de la escultura cristiana.

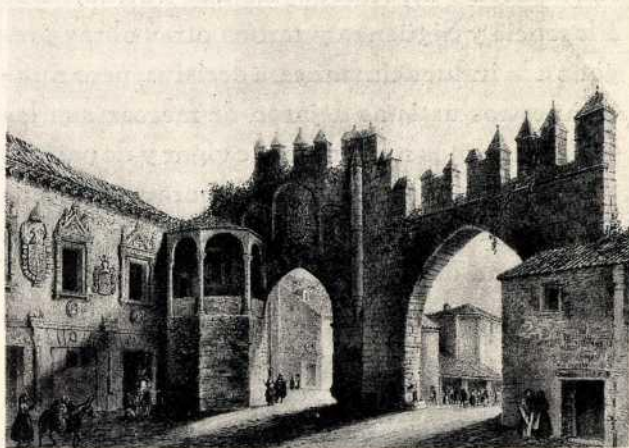
El arte gótico español mira a Francia y, sean cuales fueren nuestras aportaciones en sus orígenes, por el camino de la peregrinación llegaban artistas, enseñanzas y esculturas de marfil.

Las fachadas de las grandes iglesias—catedral de León, Burgos, Ciudad Rodrigo, etc.—, los sepulcros de San Vicente (Avila) de las Huelgas de Burgos, de Doña Mayor Guillén (Alcocer-Guadalajara), las Vírgenes del portal de León y del altar de prima de Toledo, las de Plasencia y Sigüenza y tantas otras obras prueban la influencia francesa decisiva; pero nunca nuestros artistas dejaron de marcar sus obras con rasgos nacionales de vigor y de pasión.

El siglo XIV se caracteriza porque, siguiendo el predominio francés, llegan, sin embargo, a la corona de Aragón algunos escultores italianos—sepulcro de Santa Eulalia, en Barcelona (1339), y tumba del Arzobispo D. Juan de Aragón, en la catedral de Tarragona—. En Navarra y Cataluña alcanza esplendor la escultura de estilo francés; pero, también Toledo, León y Burgos poseen ricas decoraciones, capiteles y sepulcros del siglo XIV, de gran interés, ya que no de gran belleza. El arte del siglo XIV es poco original, y la plástica de escasa hermosura en Francia y España.

La escultura española del siglo XV tiene tanto valor como la del XIII por su genialidad

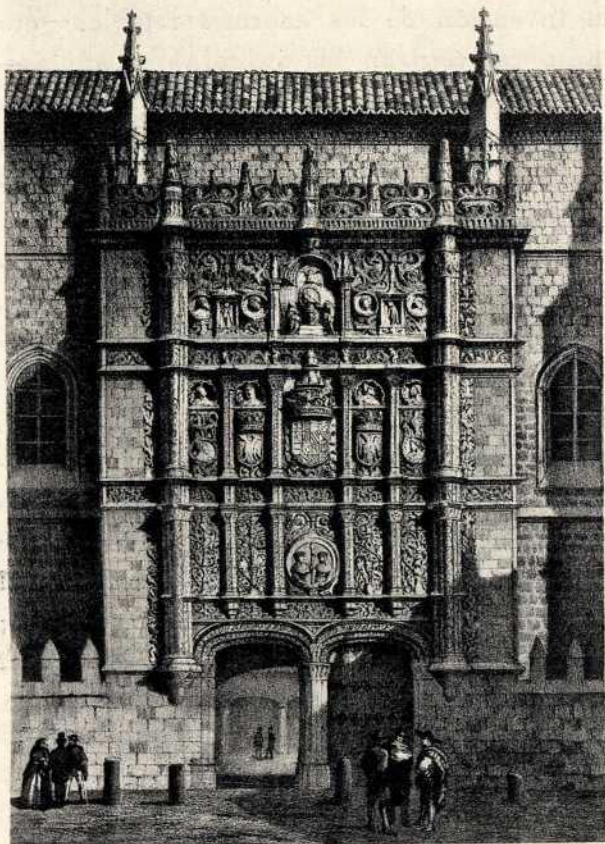
y fuerza, y la supera por el refinamiento. A la influencia francesa constante y a la de Italia vienen a juntarse en esta época las de Flandes y Borgoña; Sagrera, en Mallorca, se adelanta al arte europeo de su tiempo; típico es el caso de



Baeza (Jaén) • Arco del Pópulo y Ayuntamiento

Pamplona, que guarda en su Catedral la tumba de Carlos el Noble, por Janin de Lome de Tournai (1416), y no se olvide que en Dijon es gran artista, en el círculo de Claus Sluter el español Juan de la Huerta. Este estilo franco-flamenco, que en Castilla produce los sepulcros adosados de la capilla del Condesta

table en la Catedral de Toledo, el del Cardenal



Salamanca - La Universidad

de San Eustaquio en Sigüenza, y que en Sevi

Illa se muestra en las obras de Mercadante de Bretaña, coincide en Aragón y Cataluña con la invención de los enormes retablos—que tanto caracterizan las iglesias españolas—como el de Tarragona, obra de Pere Johan de Vallfogona y Guillén de la Mota, el de la Catedral de Vich, etc., en los que se advierte la influencia de la pintura giottesca.

Es el xv el siglo en que más artistas extranjeros aportan a España: a su emulación, los españoles Pablo Ortiz, Pedro Millán, Sebastián de Almonacid, Vallfogona y otros muchos sostienen la bandera de nuestro arte, que al propio tiempo se manifiesta por caracteres firmes en las obras de los extranjeros aquí afincados; tan decisivo es el influjo de España sobre los que en ella se establecen Lorenzo Mercadante de Bretaña, en Sevilla; Juan Guas, Peti Juan, Copin de Holanda, Juan de Bruselas, Juan Sánchez Alemán, en Toledo; Juan de Malinas y Teodorico de Alemania, en León; Gil de Siloe, Felipe Biguerny y los Colonias en Burgos; Egas Cueman, en Guadalupe; Rodrigo Alemán, en Plasencia, Sigüenza, Ciudad Rodrigo y Toledo—la lista es interminable—entran con justo mo-

tivo en la historia de la escultura española.

Los sepulcros de fines del siglo xv son innumerables; bellísimos son los burgaleses de la Cartuja y el procedente de Fresdelval, los labrados por Egas en Guadalupe, los de Tensdilla, en Guadalajara, y los soberbios de la Catedral de Sigüenza, que culminan en el del soñador *Doncel*.

El mismo gusto por la profusión decorativa que cubrió de esculturas las portadas románicas y góticas y llenó los ábsides con inmensos retablos (por ejemplo, los de Toledo y de Sevilla), se revela en las sillerías de coro, de las que España posee más que ninguna nación, todavía dentro del siglo xv (León, Nájera, Santo Tomás de Avila, Cartuja de Miraflores, en Burgos; la baja de Toledo, Ciudad Rodrigo, Plasencia, etc., etc.).

El renacimiento italiano, que hace su primera entrada en España con los relieves del trascoro de la Catedral de Valencia, esculpidos por Giuliano Florentino, se introduce al fin en el siglo xv y comenzar el xvi; ya en obras terminadas—tal vez por la tumba del gran Cardenal Mendoza, en la Catedral Primada, y



desde luego por la de Cardona en Bellpuig (Lérida), labrada por Giovanni da Nola; la del Infante D. Juan, en Santo Tomás de Avila, por Domenico Alesandro Fancelli; las de la



Granada / La Capilla Real

Capilla Real de Granada; del Cardenal Cisneros, en Alcalá; de los Fonseca, en Coca (Segovia); de los Riberas, en Sevilla, y del Obispo Ruiz, en San Juan de la Penitencia, en Toledo—; ya por artistas italianos que aquí trabajaban, como Moreto, Jacobo Florentin, Pietro Torrigiano; ya por los españoles que van a Italia.

La escultura española del siglo xvi cuenta



Barcelona « La Catedral

con los grandes nombres de: Alonso Berru

guete—en quien el espíritu gótico, vigoroso, sediento de emoción, se retorció dentro de las formas clásicas, quebrándolas al forzar la expresión—; Zarza, maestro en la talla decorativa; Damián Forment, que labrando retablos pasaba con facilidad extraña del estilo gótico al renaciente; Bartolomé Ordóñez, que se italianiza en términos de ser continuador del taller de Fancelli; Diego Siloe y Pesquera, de clásica maestría; Juan de Juni, que en pleno siglo xvi esculpe en barroco; Gaspar Becerra y Esteban Jordán, que *manierizan*; Monegro, que en algunas obras sigue a los miguelangelescos vacíos de espíritu, y en otras revela un depurado clasicismo; Pompeo Leoni, naturalizado en España, siempre correcto y siempre un tanto frío...

El xvii es el siglo de la Escultura española en madera policromada; su florecimiento es coetáneo del de la Pintura. Dos escuelas se dibujan con claridad: la Castellana, centrada en Valladolid, que capitanea el gallego Gregorio Fernández, y la Sevillana, de Juan Martínez Montañés, Alonso Cano, espíritu clásico, pretende depurar la plástica española de la vuls

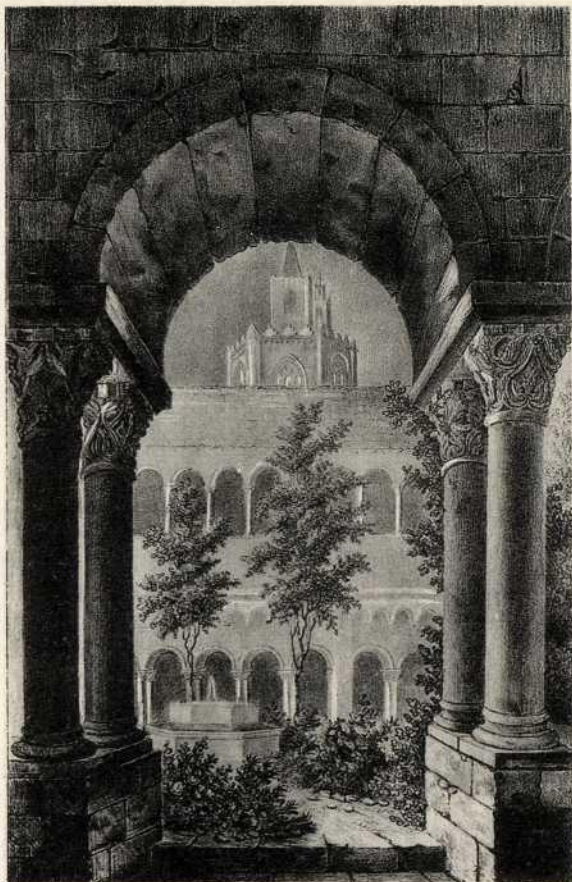
garidad en que sus predecesores solían caer; y, llevando la reacción idealista demasiado lejos, sus discípulos Mena y Mora, al extremar la exquisitez, dan en la falsedad. En tanto, el portugués Manuel Pereira esculpe en Madrid con veracidad y sentimiento.

En pleno dominio del barroquismo no se puede omitir la mención de Roldán, Risueño, Duque Cornejo y Ruiz del Peral, que en Sevilla, Granada y Córdoba continúan el esplendor de la talla policromada en los soberbios ejemplares del retablo de la Caridad, en Sevilla, del primero, y la sillería y los púlpitos de Córdoba, del tercero.

No cabe en este apretado resumen determinada mención de la escultura propiamente decorativa que adorna exteriores e interiores ya en tiempos platerescos, como en tiempos barrocos. Las fachadas de las Universidades de Salamanca y de Alcalá del siglo xvi, y la de la catedral compostelana del xviii, por citar algún ejemplo, muestran el valor decorativo alcanzado por la escultura española desde el Renacimiento.

En el siglo xvii y en el xviii y en nuestros días se ha cultivado y cultiva en España la

escultura en barro policromado, de carácter



San Cugat del Vallés (Gerona) • Claustro del Monasterio

marcadamente popular; arte que sólo por la

materia empleada puede aducir como ascendientes a Olarte, Torriñana y Pedro Millán; pero que en figuras de *Nacimientos*, sobre todo, presenta modelos de gracia y de expresión.

El siglo XVIII produce también a Salcillo, que en años de tanta decadencia, conservando la vieja tradición de los imagineros, consigue, no sin efectismos, arraigar en la entraña popular; y a la Roldana, que, a la feminidad propia junta la expresión de las delicadezas barrocas, muy siglo XVIII. Luis Salvador Carmona, en Salamanca y Madrid, resucita, en cierto modo, los ideales de Gregorio Fernández y de Pereira con la falta de unción que daba el tiempo.

El espíritu neoclásico presenta ufano los nombres de Felipe de Castro y de Manuel Álvarez el *Griego*, de tan fría memoria.

El siglo XIX, por su proximidad a nosotros, no lo podemos juzgar rectamente: la producción escultórica fué grande y nos parece tan desprovista de hondura y emoción cuanto rica y suntuosa.

Vallmitjana, Querol y Mogrovejo son quizá los más ilustres escultores españoles del

siglo XIX—entre los muertos—; pero es innegable que su arte no estaba arraigado en nuestra tradición: tal vez esta nota es la única en que convienen los tres artistas citados.

Del XX es prematuro hablar: el camino emprendido por algunos, de volver a lo tradicional e inspirarse en arcaísmos, si es expuesto a caer en imitaciones, liberta, en cambio, de la esclavitud a lo francés e italiano del siglo XIX, que tan deleznable fruto ha producido; y quizá, al escudriñar en el pasado, den nuestros escultores con el alma de la raza, que han de vestir con formas de modernidad para crear arte verdadero.

LA PINTURA

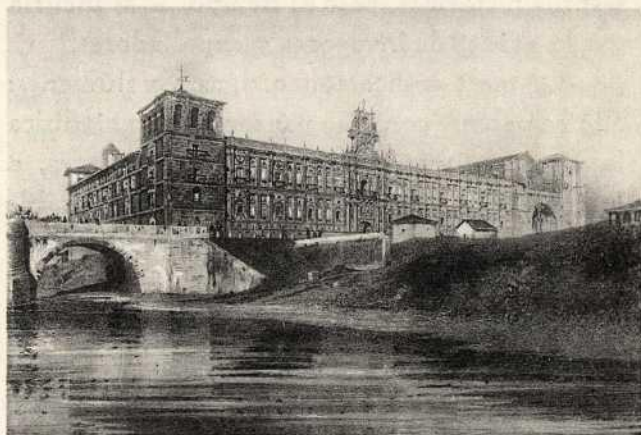
España presenta al visitante incalculables tesoros pictóricos, pese al tiempo, a la incuria y a la avidez de invasores y expoliadores.

La mera indicación ocuparía volúmenes: ello es patente con sólo pensar cuánto significa la pintura española, que con el teatro es, a buen seguro, la aportación más considerable de la Península ibérica a la sensibilidad universal.

La cueva de Altamira ha sido llamada la Capilla Sixtina del arte cuaternario; la verdad de sus pinturas de animales en movimiento—crónica cinegética, cuando el cazar era la más alta y provechosa empresa entre los hombres—sería milagro inexplicable si nuevas exploraciones no hubiesen revelado caracteres de belleza análogos en la decoración de otras cavernas y peñas—Cándamo (Asturias), Cova

lanas, Peña Tu, Puente Viesgo (Santander), Alpera, Cogul, Calapatá, Valltorta, etc.

Si se quisiera considerar dentro del mismo arte al pintor de la cueva de Altamira y a Goya, se vería cómo, pasados milenios, pervive en el moderno la acuidad de visión y la franqueza para encararse con la vida circundante, que hacen del artista prehistórico un antepasado del sordo inmortal.



León • San Marcos

Mas, aun no aduciendo tan remotos orígenes, la trama de la pintura española es de tan sólida textura que la continuidad histórica se define claramente.

Prescindiendo de la pintura de los vasos ibéricos, y andando centurias, de la decoración de la extraña cámara subterránea de Santa Eulalia de Bóveda (Lugo) con casetones, en



Uclés (Cuenca) » Iglesia de la Orden de Santiago

rejados y aves de perfección técnica comparable a las pinturas de Pompeya, el episcopio y las tumbas de Mérida, y de la posterior que cubre los muros de Santullano de los Prados (Oviedo); similares a las romanas en técnica y espíritu; y haciendo también caso omiso de los códices mozárabes, dijérase que encabeza la serie nacional la ermita de San Baudelio de

Casillas de Berlanga (Soria), edificio singular por su arquitectura, pero todavía más por haber tenido los muros con escenas en buena parte profanas—cacerías, por ejemplo,—pintadas a los fines del siglo XII, y hoy casi todas tristemente expatriadas. Coetáneas, si no anteriores, serán las pinturas del Panteón en San Isidoro de León, hacia 1180; y de arte menos fino, pero también interesantísimas, son las murales catalanas, las más instaladas en el Museo de Barcelona, y las del Cristo de la Luz, en Toledo, por sólo citar las muy notorias.

En el XIII comienzan los *antependios*, de los que posee tantos el Museo Episcopal de Vich, y al avanzar esta centuria abundan las iglesias de muros pintados; en 1262 firma Antón Sánchez de Segovia la decoración de la Capilla del Aceite o de la Torre, en la Catedral vieja de Salamanca.

La miniatura recoge las enseñanzas francesas, españolizándolas vigorosamente y crea la monumental ilustración de las *Cantigas* del Rey Sabio, arsenal maravilloso y apenas utilizado para el conocimiento de la vida española, de la centuria de San Fernando.

En el siglo xiv entra por Levante la influencia pictórica de Siena, y en el último tercio viene a Castilla, y tal vez a Portugal, un gran pintor gótico: Gherardo Starnina. Esta diferencia entre la corona de Aragón y la de Castilla, mirando la primera a Siena, la segunda a Florencia, abre huella en la producción artística siguiente. El arte francés, influye asimismo en el nuestro: en León Maestre Nicolás, francés, pinta antes de 1434 el retablo mayor de la Catedral, el Claustro y varias vidrieras.

Hacia mediados del siglo xv la influencia flamenca es perceptible: Luis Dalmau pinta la Virgen de los Concelleres, 1444 (Barcelona); en Castilla, Jorge Inglés es pintor del marqués de Santillana. Al mismo tiempo en Salamanca Nicolás Florentino—el misterioso Dello da Niccolo—trabaja en la Catedral vieja; y en Nápoles es cabeza del movimiento pictórico en la corte de Alfonso V, el *Magnánimo*, Jacomart Baço.

Castilla funde influencias de Italia con enseñanzas de Flandes, y mientras Fernando Gallego se inspira en los seguidores de Van Eyck, Pedro Berruguete se forma y triunfa en el Norte de Italia.

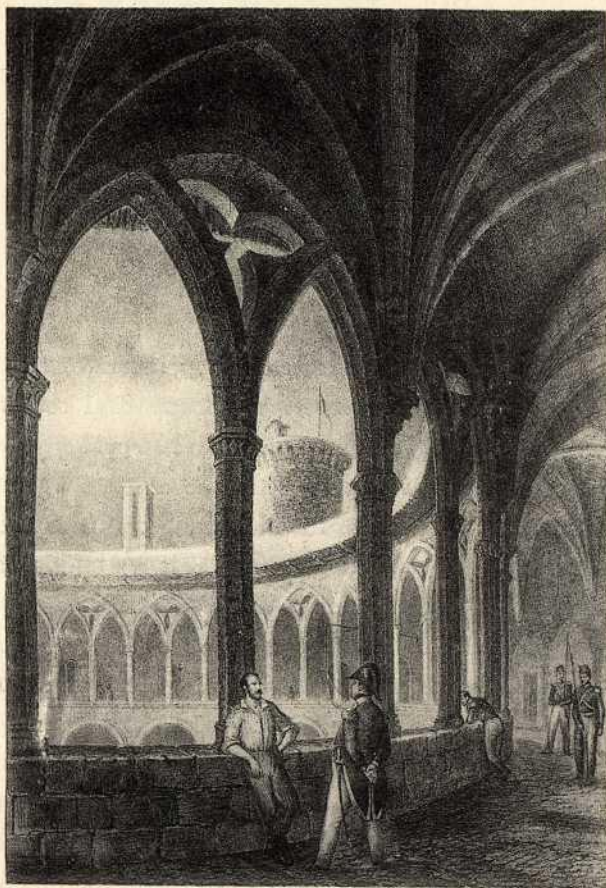
A Sevilla, con la Virgen del trascoro y más tarde con Alejo Fernández, llega algún influjo veneciano: en Cataluña y en Valencia, Vergós y Osona dominan el color, y Bermejo en Aragón y Cataluña aprovecha las lecciones aprendidas en las tablas de Flandes y no se desdeña en exornar sus pinturas con las yeserías doradas de acusado relieve, que placían al gusto español dado a lo suntuoso.

Por otra parte desde Juan II, nuestros monarcas revelan afición por la pintura flamenca. Y con reiteradas adquisiciones enriquecen sus ajuares, llegando los Reyes Católicos a reunir espléndida colección, de la que todavía queda un resto considerable en la Capilla Real de Granada.

Portugal, mediado el siglo xv, cuenta con una escuela floreciente que preside Nuno Gonçalves, artista extraordinario que en sus tablas del altar de San Vicente— hoy en el Museo de Lisboa—no cede a ningún flamenco en la decisión de afrontar el estudio del natural y en el vigor del colorido.

Más limitada es la influencia del Norte en el siglo xvi; se reduce en sus comienzos al foco segoviano procedente de Gerard David y al

palentino, en el que es figura principal Juan de



Bellver (Baleares) - El Castillo

Flandes. Juan de Borgoña, en Avila, y sobre

todo, en Toledo, es un italianizante. En Sevilla, Maese Pedro de Campaña es un flamenco que recuerda a Italia. Y cuando mediada la centuria, llega el holandés Antonio Moro, su enorme influjo hubo de ser paralelo del de Tiziano, en quien había aprendido también. Sánchez Coello sigue a Moro y es cabeza de la escuela de retratistas cortesanos que en Velázquez culminó.

La pintura española de la primera mitad del siglo xvi se caracteriza porque casi todas las miradas están vueltas a Italia. A principios del siglo, allá estaban Fernando Yáñez de la Almedina y Fernando Llanos, discípulos de Leonardo Vinci, que en Cuenca, Valencia y Murcia dejaron muestras calificadas de sus pinceles, Alonso Berruguete también estuvo en Italia. Luis de Vargas trae a Sevilla algo de la gracia de Correggio. Becerra, Barroso y Céspedes *manierizan* con los miguelangelescos. Navarrete, *el Mudo*, trata el color a la manera veneciana, y es brillante esperanza que se frustra. Morales, *el Divino*, combinando enseñanzas de Flandes y de Italia y siguiendo inspiraciones populares, halla una veta fácil, aun

que exigua, que por el aplauso de los devotos lógrale fama imperecedera e imitadores durante centurias.

Al mismo tiempo que nuestros pintores van a Italia o en ella se inspiran, vienen de allá Julio de Aquilis, Alessandro Mayner, los flamencos italianizados de Sevilla, y los escorialenses; y entran cuadros de Flandes y de Italia a porfía; Tiziano es pintor de Carlos V; Felipe II, casi desde la adolescencia, encarga cuadros al maestro de Cadore, y en la madurez idea y dirige El Escorial, con la preocupación dominante de cubrir sus inmensos muros con soberbias pinturas; pero, los grandes artistas no pudieron o no quisieron venir; y aunque los embajadores del rey Prudente enviaban los más famosos, ninguno complacía. Felipe II, tan entendido en el arte, no comprendió al Greco, que incendiaba a Toledo con su genialidad fervorosa; mas, esta limitación compensa con creces la amplitud de su gusto, que gozaba con los primitivos flamencos, adoraba a los venecianos y tenía a Moro a su servicio.

Todos estos elementos pictóricos, en ebullición durante un siglo, elaboraron nuestra

pintura castiza, que en el xvii alcanza categoría de grande entre las mayores. Ribalta, Ribera, Zurbarán, Velázquez, Alonso Cano, Carreño, Murillo, Valdés Leal, Claudio Coello... son nombres gloriosos que no precisan más que enumerarlos.

Dos notas especiales conviene destacar: el papel decisivo que en el desarrollo de nuestra pintura ejerce la colección de cuadros de los reyes de España, y que quizás por ello y por la independencia, timbre de nuestro carácter, no suele darse aquí la escuela personal; un ejemplo lo hará patente: los pintores madrileños posteriores a Velázquez apenas le siguen—ni aun los más allegados; verbigracia, su esclavo Juan de Pareja—, proceden yendo a las fuentes, no beben en el río caudaloso y se redimen del servilismo de imitadores estudiando en los *maestros de Velázquez*: los venecianos, los flamencos y *la realidad*.

El siglo xvii, que es tiempo de postración del espíritu nacional, se caracteriza por la venida de artistas franceses e italianos traídos por los reyes Borbones; pero, del mismo modo que las influencias de Italia y de Flandes sus

citaron en el Renacimiento la floración sin



Gerona / San Félix

igual del siglo XVII, así las obras de Houasse

van Loo, Amiconi, Giaquinto, y sobre todo las de Tiépolo y Mengs—decoradores de los Palacios Reales—dieron por fruto una de las personalidades más vigorosas del arte universal: D. Francisco de Goya.

La figura de Goya crece de día en día; con el Greco y con Velázquez forma la trinidad excelsa de nuestra pintura; los tres, ligados más estrechamente de lo que por su distancia en el tiempo se pudiera creer, coronan la cumbre, que es punto de partida ideal del moderno arte pictórico. A las obras de estos tres grandes genios han vuelto sus ojos los impresionistas franceses y los expresionistas alemanes, todos los artistas, en suma, que tienden a superar la pintura clásica. Greco, Velázquez y Goya, por encima de ser crisoles donde hayan venido a fundirse las más variadas corrientes de vitalidad pictórica, son manantiales inagotables de actual y de futuro aprovechamiento. Hasta hoy, los más pintores de los pintores que han sido.

El siglo XIX lo abre Goya y lo cierra el triunfo de Sorolla: entre estos dos grandes nombres reclaman un puesto destacado Vicente López, Alenza, Federico Madrazo, Fortuny y Rosales.

La pintura española de nuestros días no desmerece de la precedente. Nuestros pintores triunfan en el Extranjero, y mostrándose España, como siempre, productora de personalidades fuera de medida, español es Pablo Picasso, apóstol del *cubismo* y pontífice de avanzadas tendencias pictóricas: y español era el malogrado Juan Gris. Fuera arbitrario condenar sus obras, pues toda novedad tiene derecho al respeto, y de los revolucionarios de hoy saldrán los clásicos de mañana.

ARTES INDUSTRIALES

Las artes industriales, es decir, el embellecimiento de las cosas de uso diario, son el mejor índice de la civilización de un pueblo. El arte de la cerámica, esto es, la decoración de los principales útiles para la comida; el arte textil, esto es, el hermostear las telas — que ya en su origen para embeller se tejieron, pues aun lisas y simples son más bien adorno que abrigo o que velo— fueron y son en España de cultivo brillante y continuado desde las lejanas épocas de la prehistoria.

A partir de la cerámica eneolítica de Ciempozuelos, con incrustaciones de pasta blanca, formando complicados dibujos, hasta llegar a la ibérica de Numancia y pasando por las obras maestras de Archena y de Azaila, por los rojos barros saguntinos con sello y sin ol

vidar la negra finísima, llena de profusos dibujos incisos, que aparece con múltiples formas en las *citánias* gallegas y en despoblados abulenses. España aventaja en la Edad Antigua al resto del mundo, salvo a Grecia, con su precedente cretense.

La cerámica medieval española es de una prodigiosa variedad. Es su timbre más glorioso haber aportado y naturalizado en Europa la loza de reflejo metálico, en la que un pueblo artista fabricó las más suntuosas vajillas con frágil y humilde barro. Al propio tiempo que en Málaga y en Valencia se trabajaba la cerámica dorada; la verde y negra y la azul lograbán intenso desarrollo en Teruel y Paterna. Y en localidades, probablemente del Sur, Niebla ¿Granada? se hacía la cerámica de mucha fuerza decorativa de *cuerda seca* o de *huella* y con inexactitud creída de Puente del Arzobispo. La azulejería en Sevilla, Toledo, Aragón, Granada y Valencia muestra desde el siglo XIII espléndidos ejemplares, y los maravillosos alicatados granadinos del XIV y del XV, son el desarrollo prodigioso de los mosaicos de Medina Zahara del siglo X.

Cuando comienza la influencia del Renacimiento

cimiento, Talavera de la Reina traduce con sentido popular las formas exquisitas de Urbino, Gubbio y Castel Durante, y desde el siglo xvi al xviii difunde sus productos por España entera.

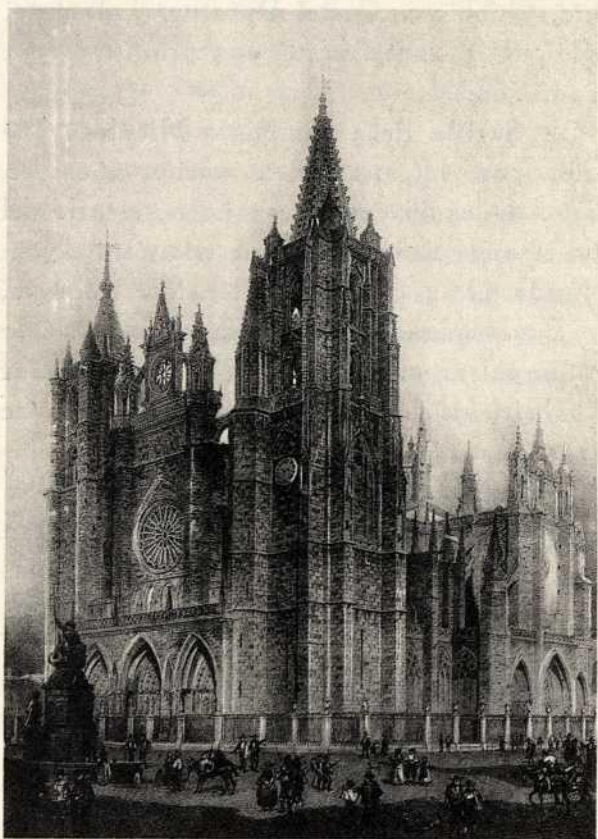
A Sevilla llega Francisco Niculoso Pisano, que allí permanece varios años; en manos de los discípulos españoles, el arte del fino ceramista pierde en maestría técnica y en delicadeza lo que gana en intensidad colorista.

Las tendencias europeizadoras del siglo xviii impulsan al Conde de Aranda a fundar la fábrica de loza de Alcora, que había de conservarse casi sin contaminaciones populares. Más aislada todavía logró estar la fábrica del Buen Retiro, creación de Carlos III, tan poco española en sus comienzos que hasta las tierras se traían de Nápoles. Por fin, Sargadelos, en Galicia, en el primer tercio del siglo xix emula las fábricas de loza de Inglaterra copiando sus dechados.

Modernamente, en Manises, en Sevilla y en Talavera hay un renacer de los viejos alfares.

Los vidrios de Cadalso (Madrid), Cuenca, Castril y María (Granada), Mataró (Cataluña

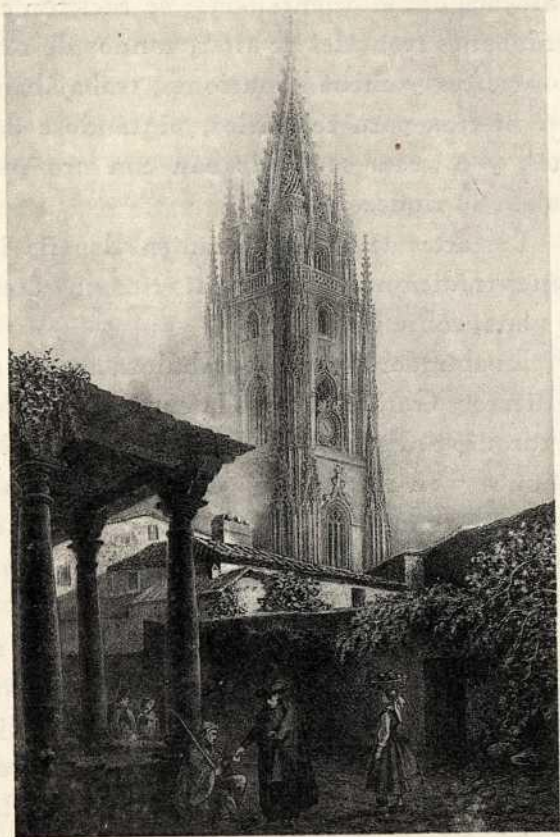
ña), comienzan a ser apreciados y rebuscados por coleccionistas.



León « La Catedral

En La Granja estableció Carlos III una

fábrica de cristales que imitó a Bohemia y a Venecia.



Oviedo • Torre de la Catedral

Los guadamaciles o gadamecés, cueros

estampados que, por trabajarse principalmente en Córdoba, se llaman cordobanes, fueron marcados por el orientalismo; se hicieron con cordobanes frontales de altar, fondos de retablos, cofres y encuadernaciones; trabajábanse con hierros para relevarlos, pintándose después, y a veces se matizaban con oro para realzar su riqueza.

Las artes del metal tienen en España insignes tradiciones: por ser país rico en minas de plata, cobre y hierro.

La abundancia de oro, fabulosa antaño en el Bierzo y Galicia, motivó la enorme cantidad de *torques* anterromanos hallados en aquellas regiones y en Asturias; y en comarcas menos ricas o carentes del precioso metal, pero de mayor adelanto artístico, se labraron los tesoros de Jávea y de la Aliseda.

Misteriosos, por su utilización y por su fecha, únicos en el mundo, son los mal llamados candeleros de oro encontrados en Lebrija.

De la Edad Media, en sus comienzos, son las coronas de Guarrazar, espléndidos joyeles visigóticos en gran parte perdidos para España y en los siglos de la reconquista incipiente, tenidos por rudísimos, atestiguan un arte res

finado la arqueta de la Cámara Santa de Oviedo o de las ágatas, las cruces de los Angeles y de la Victoria... Fuera labor inacabable citar joyas árabes y piezas de orfebrería románica y gótica; pero, es preciso mencionar la serie maravillosa de esmaltes—todavía no asegurado su españolismo—de San Miguel *in excelsis* (Navarra), Orense, Silos (Museo de Burgos), Roncesvalles, la Virgen de la Vega (Salamanca), la estatua yacente de D. Mauricio (Catedral de Burgos)...

Asombra la cantidad de plata y oro que aún atesoran las catedrales y muchos otros templos de España; recuérdense tan sólo las Custodias del Corpus—cosa tan nuestra—, las más ricas preseas del mobiliario litúrgico, que en el siglo xvi, y por obra de los Arfes, Becerriles, Alvarez, etc., alcanzan nivel jamás logrado por las labores de orfebrería en otras naciones.

Si del oro y la plata se baja al bronce, es incalculable la producción española sin mentar las monedas ibéricas en variedad y perfección sólo comparables de lejos con las griegas: ya se consideren los exvotos a todas horas descubiertos en excavaciones ibéricas; ya las em

puñaduras de puñales con incrustaciones de plata; ya las fíbulas y frenos de caballos; los



Cuenca • La Catedral

restos godos; ya, en fin, dando un salto de

milenios, los bronces renacientes de Cristóbal de Andino, reja de la capilla del Condestable en Burgos; de Villalpando, reja y púlpitos de Toledo; de Vergara, verja del sepulcro de Cisneros en Alcalá; de Juan de Arfe, sepulcros de los Lermas; y de Celma, púlpitos de la catedral compostelana.

Extenso espacio requeriría tratar del hierro, siquiera para enumerar las series de máximo valor; las armas de fino temple—ibéricas, godas y medievales, ya árabes, ya cristianas; evóquense tan sólo los espaderos toledanos maestros en cincelar, damasquinar y nielar: los Hernández, Ayala y Sahagún—; la rejería, que arrancando de las obras del siglo XIII, de Salamanca, Zamora y Cataluña, alcanza en las centurias XV y XVI esplendor extraordinario con Juan Francés, Domingo de Céspedes, Fray Francisco de Salamanca, Maestro Bartolomé, Andino, Villalpando y Arenas, que trabajaron en Alcalá, Toledo, Guadalupe, Granada, Burgos, Cuenca, etc. Y lo mismo que de las rejas, téngase por dicho de candeleros tenebrarios, veletas, cruces, llaves y otras muchas series de objetos de culto y de uso civil de que España está llena.

También en tejidos presenta España soberbio historial. desde las telas de esparto prehistóricas halladas en la cueva de los Murciélagos (Granada). Pero, como en la cerámica, a los árabes debemos lo mejor: la pasmosa serie de telas todavía mal conocidas que, arrancando del siglo x llega al xvi con tipos de novedad y perfección singulares entre todo lo europeo. La tradición gloriosa arraigó profundamente. Y en los siglos de la edad moderna, los brocados con oro anillado de fabulosa riqueza, los paños de Segovia, las sedas de Granada, de Talavera y de Valencia; los terciopelos y damascos toledanos, los lienzos gallegos y vascongados, las alfombras de Alcaraz y de la Alpujarra y los reposteros de tapicería de Salamanca son muestras de un desarrollo artístico industrial considerable, que en el siglo xix mató el maquinismo, y en el xx, trabajosamente quiere resucitar.

Notabilísimos son los bordados y deshilados de casi toda España, las blondas y mallas de Almagro (Ciudad Real), las puntillas de Camariñas (Galicia), etc., etc.

LA VIDA

La vida española es una sucesión de cuadros de animación y variedad extraordinaria; las costumbres populares se conservan en muchas localidades, por lo cual son diversos los usos en bautizos, bodas y entierros; imposibles de reunir en ningún recetario las comidas típicas, y difícil labor catalogar las fiestas. La vida española, en lo que tiene de más hondo, hay que vivirla para conocerla y amarla. Queda al viajero lo externo de las diversiones, y lo más íntimo de las comidas regionales.



Segovia • Plaza mayor

LAS FIESTAS

Son las fiestas manifestación genuína del carácter de un pueblo, aquella que al viajero más atrae y encadena: España, por su clima, está particularmente indicada para expansiones de regocijo externo y bullicioso.

LAS CORRIDAS DE TOROS SON las más nombradas fiestas españolas, y en ciertos aspectos se ha hecho de ellas por los extranjeros emblema injusto y calumnioso.

Son los toros un espectáculo deslumbrador,

«bárbaramente hermoso»; el único que entre los de nuestro tiempo conserva la grandeza y la emoción de los juegos del Circo romano. Intervienen en los toros poderosos elementos visuales —enormes masas, movimiento, colores— y numerosos valores emotivos —lucha, fuerza muscular, agilidad, destreza, brío, valentía, riesgos de muerte—. La crueldad, innegable y tan reprochada, es igualmente calificación discernible a otros juegos populares en diversas naciones —boxeo, riñas de gallos, carreras...— que no tienen en descargo suyo el ambiente dionisiaco de luz y alegría de las corridas de toros.

Pero las diversiones españolas no se reducen a los toros; hay otras muchas de fuerza representativa y pintoresca extraordinaria. Como en todas las manifestaciones españolas, *la diversidad* es su común denominador, y la mezcla de religioso y profano su nota chocante. Esta complejidad se acrece, en ocasiones, con huellas de cultos extinguidos y con recuerdos de razas que habitaron nuestro suelo en las edades pasadas.

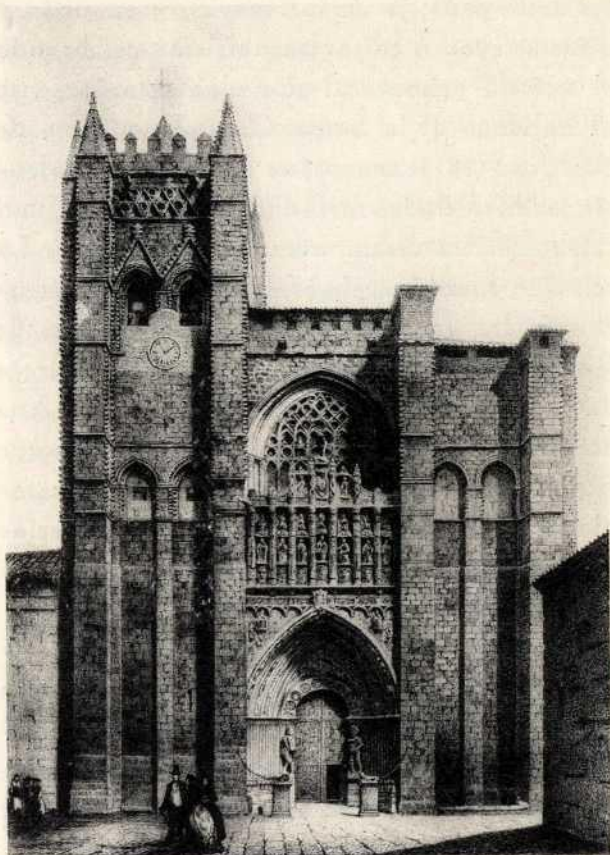
En Galicia, el primero y el tres de mayo,

se celebra la fiesta de los *mayos*; en otras partes de España; la de las *mayas*, y en unas y otras se evocan cultos naturalistas, celebrando el triunfo primaveral sumados extrañamente al hallazgo de la Santa Cruz. La víspera de San José (18 de marzo) se queman en Valencia las historiadas *fallas*; la noche de San Juan celébrase con ceremonias supersticiosas... La relación fuera inacabable; pero ¿cómo no mencionar las luchas de moros y cristianos de Levante, las *mondas* de Talavera, las *marzas* de Celanova (Orense), el *romaxe* a San Andrés de Teixido, en Galicia «peregrinación que si no se hace en vida se hará en muerte, cambiado en alimaña o en gusano»; y las romerías norteñas, que, si son de costa, culminan en la procesión por el mar?

A todas estas fiestas acuden en las diversas regiones con los trajes típicos: de Muros y Bergantiños, en Galicia; de Candelario y Béjar, en Salamanca; de Lagartera, en Toledo; y los murcianos y valencianos, y los cortijeros andaluces, y los baturros aragoneses, y los ansotanos.

En las fiestas españolas otro atractivo grande y diverso son los bailes: ya colectivos

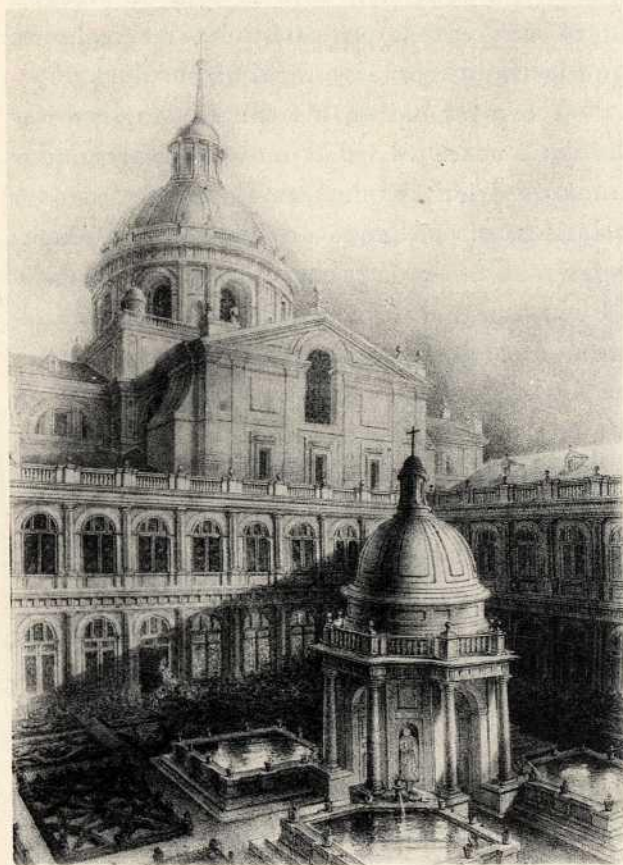
—la sardana en Cataluña, el aurreescu en Na



Ávila » Fachada de la Catedral

varra y Vasconia, la danza prima asturiana,

la muñeira gallega, las jotas de Aragón, Va



El Escorial - Patio de los Evangelistas

lencia y Murcia—, ya de carácter más perso

nal, como las danzas andaluzas; todo variado e inconfundible; tan sólo la jota de Aragón logró ser aceptada por casi todas las regiones, que la tradujeron a su carácter peculiar.

Y con los bailes, los cantos; no hay nación que posea variedad mayor: impregnados unos de orientalismo, semejan aires rusos y asiáticos; otros, llenos de sentimiento, emparejan con la música de Bretaña e Irlanda. Música que requiere variedad enorme de instrumentos: gaita, tamboril, *zanfona* y pandero, en Galicia; chistu, en Vasconia; dulzaina en Valencia; guitarra, en Andalucía; bandurrias, en Aragón; castañuelas, panderetas y cien más que harían las delicias de un coleccionista.

Estos elementos de ambiente, música e indumentaria dan sello inconfundible a las romerías gallegas y asturianas, a las verbenas madrileñas, a las ferias andaluzas, a las fiestas populares de todas las regiones.

En el capítulo de fiestas, pocas atraerán más la atención del extranjero, por su variedad y novedad, que las procesiones. No hay población en España que por pequeña o por pobre deje de celebrar la Semana Santa y el día del

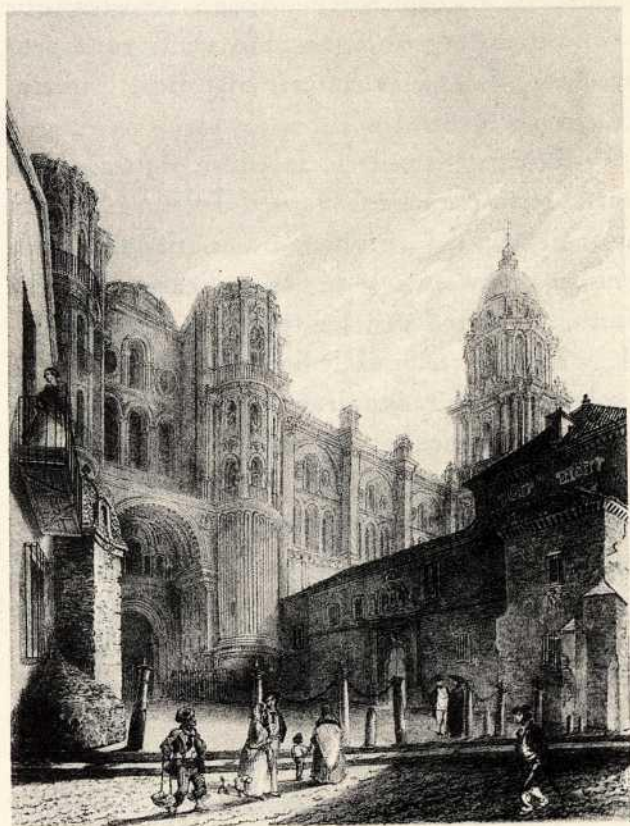
Patrón con el desfile por las calles de imágenes, a veces de subido valor artístico, acompañadas de vistoso cortejo. Aparte de éstas, que son generales y comunes, hay en España procesiones de especial interés histórico, tradicional y pintoresco.

Quien guste de la fabulosa riqueza de la orfebrería renaciente, vaya a Toledo o a Córdoba el día del Corpus, para anonadarse entre nubes de incienso y de flores y chorros de luz ante las custodias y los ternos bordados.

Las procesiones de Semana Santa revisten solemnidad sin igual: en Sevilla, con las cofradías suntuosas y las saetas; en Valladolid, donde los pasos de Juan de Juni y de Gregorio Fernández recorren las calles, reviviendo al salir del Museo toda una época gloriosa del arte español; en Murcia, donde las imágenes de Salcillo muestran los últimos y más populares resplandores de nuestra plástica policromada...

Sorprenderá al viajero ver por el Corpus, en Sevilla, bailar los *seises* cubierta la cabeza ante Jesús Sacramentado, y en romerías vascocongadas, montañesas y gallegas cómo delante de la Virgen o de los santos danzan los maris

neros las danzas de espadas, recuerdo de ritos
guerreros.



Málaga / La Catedral

Contrastando con estos desfiles, triunfales

les y bulliciosos, hay procesiones de emoción y de devoción, cuales las de los *Caladiños*, que



Toledo • La Catedral

en la Semana Santa recorren las naves de la catedral de Compostela; la de la Hermandad

de *La Buena Muerte*, que con ataúdes, calaveras y hachones cruza las más viejas calles de la ciudad Condal; la procesión del Rosario, por el Pilar, en Zaragoza, y la del Santo en tierra en muchos pueblos, aun en apartadas aldeas, como en Candeleda...

Y quien desee caminar hacia atrás en la corriente del tiempo, visite Jaca en el día de Santa Orosia y verá la procesión de las endemoniadas; o algunas aldeas de Galicia por la fiesta mayor, y sobrecogerá su espíritu el acre aroma de las supersticiones medievales; o si va a Compostela, evocará los tiempos de las peregrinaciones, admirando la procesión de las reliquias, que desfila por las naves románicas al son de las chirimías, mientras el *botafumeiro* surca el espacio sahumando la catedral sepulcro del Apóstol.

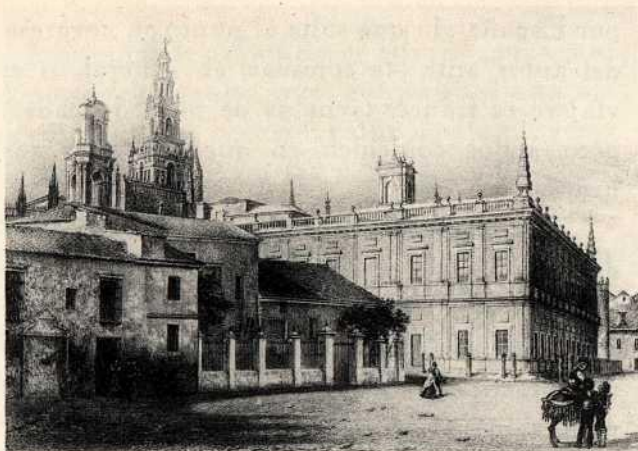
La descripción minuciosa de cada una de estas típicas procesiones llenaría largas páginas; véase, por ejemplo, qué carácter tan singular presenta la del Rocío, en Andalucía.

Dos o tres días antes de la víspera de Pentecostés salen de Triana, Huelva, Almonte, Sanlúcar y otros pueblos hasta once comitivas que constan de una carroza arrastrada por bue

yes, en la que va el estandarte de la cofradía escoltada por cofrades a caballo y seguida por otras carretas así mismo adornadas, que van con las mujeres cantando al son de castañuelas y panderos; como el trayecto dura más de un día, acampan al raso. Reúnense todas las comitivas en las marismas del Guadalquivir, en donde está el Santuario del Rocío, desfilando al llegar ante la Virgen, arrodillándose los caballos y los bueyes; el domingo del Espíritu Santo por la noche es la procesión del Rosario, en medio del campo; el lunes es la procesión de la Virgen, a hombros de los cofrades de Almonte, que para ello tienen privilegio; llenan estos días continuadas sevillanas, único baile permitido, y el regreso se hace en igual solemne forma. Dígase si en el mundo occidental queda algo semejante.

Fiesta religiosa singularísima es «el misterio de Elche», representación teatral devota que, con música y versos antiguos—a manera de auto litúrgico—, se celebra todos los años la víspera y el día de la Asunción (15 de agosto) en la iglesia de la Asunción, de Elche (Alicante).

Alegría y pena, luz cegadora y sombras y nieblas, fausto oriental y austeridad monástica; lo macabro detrás de lo sensual; lo cristiano vestido de idolatría o de naturalismo; tales son las fiestas españolas: siempre *diversidad*.



Sevilla » La Casa de Contratación de Indias

LAS COMIDAS

Suele ponderarse la sobriedad española; la novela picaresca con sus hidalgos hambrosos y sus pobres todos trazas para mal comer han dado a España fama poco pingüe, que no bastan a rectificar los tratados de mesa y de *re coquinaria*, desde el *Arte Cisoria*, de don Enrique de Villena, y el poema de Gracia Dei, del siglo xv, hasta el libro clásico de Martínez Montañón o los modernísimos y muy notables.

Apenas se puede leer un libro de viajes

por España sin que salte al punto la sorpresa del autor ante las comidas; en general, si el viajero es francés táchalas de poco delicadas; pero, todos coinciden en que son muy sabrosas.

Son comidas que pudieran llamarse fundamentales, sin engaños; compónense de elementos de primera calidad, honradamente combinados. Combinaciones hijas de viejísimas prácticas, la antigüedad les ha dado rara perfección en el condimento y en el *punto*.

El plato nacional es el *cocido*, que reviste tantas modalidades cuantas son las regiones, por lo menos; pero todas coincidentes en ser un cocimiento de algo más que vaca, carnero o cerdo. Lleva el cocido madrileño garbanzos en cantidad, patatas, verdura y vaca, con chorizo y tocino, todo lo cual el azafrán colora, y en verano la ensalada acompaña. El aragonés añade pimientos fritos; y el andaluz, el *majado* y frutas. Del castellano viejo es fundamental la cecina o tasajo y se guarnece con la *bola* o albóndiga de picadillo con huevo. Vienen después las modificaciones de mayor entidad, de tanta, que hasta perdiendo el nombre de cocido, llámanse: *olla podrida*—poderosa—en

la Montaña de Santander, que es suma de productos regionales, pues entran en ella vaca, jamón, morcilla, chorizo, gallina, patatas, *verdura*; y *pote* en Asturias y caldo en Galicia: aquél con jamón, oreja de cerdo, chorizo, morcilla, patatas, judías y berzas; éste, menos sólido, que puede ser de repollo, *nabizas*, *nabos o grelos* con unto, calabazo, judías y patatas y cuantas cosas de cerdo se procuren.

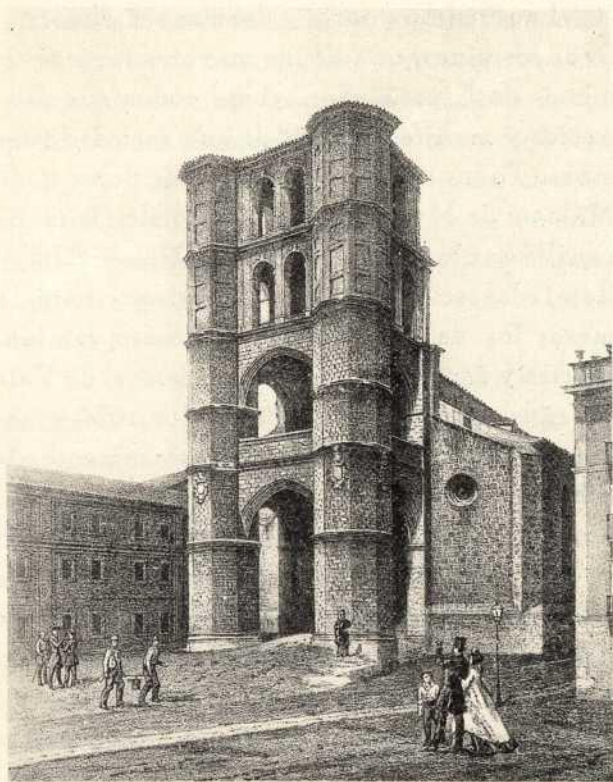
Cada uno de los enunciados componentes han de proceder de sendas localidades para ser suculentos; así, el jamón será de Ávilés, Villalba, Trevélez, Jabugo o Montánchez; los chorizos de Cantimpalos, Candelario o la Rioja; las patatas, de Monforte o de Ariza; las judías, del Barco de Avila; los garbanzos, de Fuentesauco; los *grelos*, de Santiago; los nabos, de Lugo; los pimientos, de Calahorra.

Larga relación requerirían los embutidos: la butifarra catalana; la sobreasada mallorquina; el chorizo de Pamplona; el salchichón de Vich; el embuchado extremeño; la morcilla gallega, asturiana y montañesa; el morcón; la longaniza, que cambia con las localidades. El chorizo, que varía asimismo notablemente, causa extrañeza y agrado a los viajeros; re-

cuérdense las impresiones de Borrow y de Amicis.

Necesitaríanse varias páginas tan sólo para enumerar los otros platos típicos, sobre todo los del Norte, donde habitan pueblos más gastrónomos; en las Provincias Vascongadas, el bacalao a la vizcaína y las angulas, que para estar succulentas han de resbalar del tenedor; en Santander, el bonito asado y el besugo; en Asturias, la *fabada*; en Galicia, la *caldeirada* marinera, que se sazona con agua de mar; el pulpo curado de las ferias; el *lacón* con grelos, insustituible en carnestolendas, y las empanadas, que se hacen con lampreas, anguilas, sardinas, lomo de cerdo, pollos... y que son de tan rancia historia que en el regio banquete esculpido en las ménsulas del palacio arzobispal compostelano, del siglo XIII, se adornan ya con iguales trenzados; en Castilla el lechón y el cordero asados. Si saltamos a la costa Sur, daremos con el delicioso pescado frito de Cádiz y Sevilla, las *bocas* de la Isla, los boquerones malagueños, y en verano con los fresquísimos gazpacho y ajo blanco. Y, llegando a Levante, encontraremos el arroz,

que se decora con las más variadas adiciones de carnes o pescados y hortalizas.



Valladolid • San Benito

¿Y cómo olvidar las humildes sopas de ajo, la tortilla española, la ropa vieja, la pepi

toria, la chanfaina, el salpiconcillo de tierra de Campos, las gachas manchegas?

Larguísimo podría y debiera ser el párrafo de los vinos, una de las mayores riquezas y bienes de España. Son, como todos sus productos y manifestaciones de una variedad pasmosa. Todos conocen los vinos de Jerez y de Málaga; de Montilla y de los Moriles; la manzanilla sanluqueña; los de la Rioja—Alta y Baja, alavesa y de Haro—, deliciosos para la mesa; los de Aragón y el Priorato catalán, fuertes y ásperos; el de Toro, espeso; el de Valdepeñas, claro; el de Yepes, color rubí y asringente; los gallegos, de tipo escasamente alcohólico y de mucho *bouquet*. Hay, además, vinos que ya casi no lo son, como el asturiano y el fresco *chacolí* vascongado. Al lado de éstos, los dulces, como el moscatel del centro y del Sur, el Málaga, el tostado gallego, hecho con uvas casi pasas y la malvasía de Canarias, los anises de Asturias, la Montaña y Mallorca; y los aguardientes de Cazalla de la Sierra, Rute, el Ribero del Avia y de Chinchón. También se ha de olvidar la sidra asturiana, hecha con olorosas manzanas.

Si se pasa a los quesos, la variedad es asimismo prodigiosa: desde la *tetilla* gallega, blanda y untuosa, hasta el de Cabrales, fermentado y picante; desde el burgalés, fino y blando, al fuerte manchego, moldeado con esferas, conservado en aceite, y que requiere largos tragos de vino; los montañeses frescos; los de Avila, del Casar de Cáceres, Cuenca; Villalón; y los de Villalba y San Simón, curados al humo; no hay región sin queso especial: todos aguardan la divulgación que les traerá fama tan grande como la de los más celebrados del resto de Europa.

Exquisita es la miel de la Alcarria (Guadalajara) y la de Cuenca y su serranía, que trasmina a romero, tomillo y mejorana, y la de Valencia, con fragancia de azahares.

De dulces y confituras pudiera escribirse una verdadera geografía: apenas hay convento de monjas sin golosina *sui generis*—yemas de San Leandro, en Sevilla; de Santa Teresa, en Avila; limoncillo, nuez, cabello de angel y naranja de las Claras, en Redondela—. Aparte aquellos postres comunes a casi toda España—arroz con leche, natillas, torrijas, leche frita, etc.—, son de celebrar especialidades como los

turrónes de Jijona, Cádiz y Zaragoza; los mazapanes de Toledo; las rosquillas de Fuenlabrada, Yepes y Silleda; los roscos de Loja; los

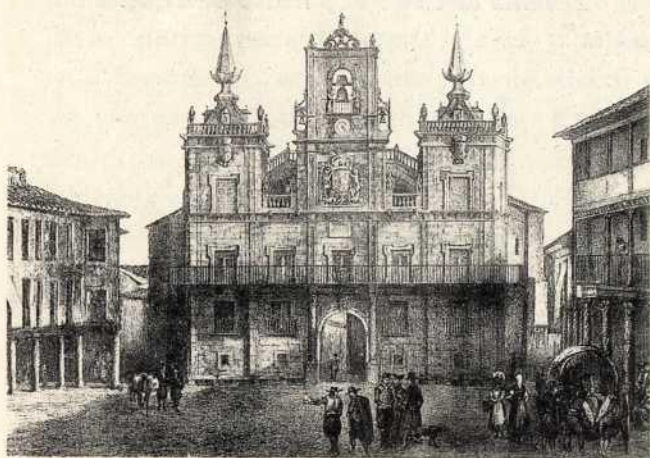


Baleares • La Cartuja de Valdemora

pestiños y bartolillos madrileños; los alfajores de Medina Sidonia y de Málaga; el alajú granadino; los mantecados de Estepa y Antequera, y las mantecadas de Astorga; los bizcochos de Calatayud y Monforte y los borrachos de Guadalajara; los boleardos de Túy, y los sobados pasiegos; las nueces de Bocairente; las almendras de Alcalá y los almíbares de la

Rioja y de Puente-Genil; el arrope manchego. Y pasando a Portugal, las golosinas—allí llamadas *petiscos*—ofrecen variedad no menor: *queixadas* de Cintra, *rebandas* de Thomar, *glosrias* y *ovos moles* de Aveiro...

No hay que olvidar la profusión de frutas: fresas de Aranjuez y de Valencia; cerezas y peras de Avila; naranjas murcianas y valen-



Astorga (León) Ayuntamiento

cianas; uvas de Málaga, Almería, Jerez y la Mancha; el albillo madrileño; albaricoques de Toledo; melocotones de Campiel y de Lérida;

pavías de Ribadavia; sandías de Talavera y de Cambados; melones de Villaconejos; manzanas de Asturias, higos de Fraga y Sigüenza, granadas y chumbos granadinos; almendras de Córdoba; aceitunas de Sevilla, castañas de Galicia y del Bierzo, nueces de Torío, avellanas de Tineo, piñones de Valladolid...

Ya lo dijo el Rey sabio:

España es como el paraíso de Dios.

EL PRESENTE

Los párrafos que preceden son a manera de una invitación al viaje por España; pero hay algo imprescindible que añadir, y es esto:

España no es sólo un país de arte y de recuerdos gloriosos, como Grecia, Egipto o Palestina: es un pueblo vigoroso y en plena actividad.

Si el gustador de lo bello y de lo viejo deberá preferir España a otras tierras, también el hombre de negocios y el dado a estudios actuales hallará aquí enseñanzas y cauces para su energía.

La incertidumbre con que se cerró para España el siglo XIX, en lugar de llevarla a la desesperanza le sirvió de acicate para la acción. El resurgir agrícola, fabril y comercial fué tan intenso, que al estallar la gran guerra a casi todo se pudo proveer; y el forzado aislamiento

ocasionó dificultades, mas no penuria. La crisis de la *post-guerra* se tramitó con agobio menor que en casi todas las demás naciones.

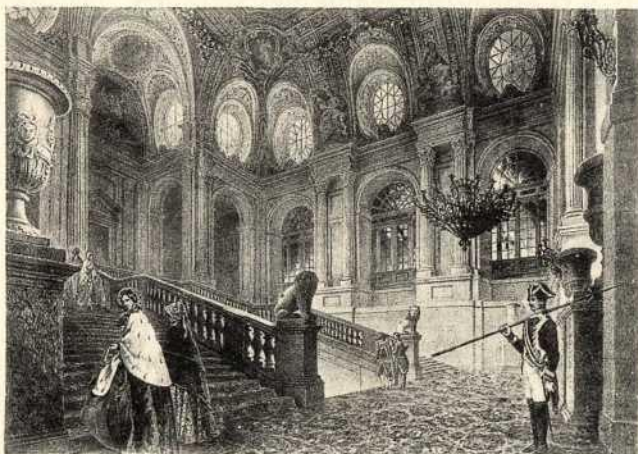


Aranjuez • El Palacio

El renacer de España es bien patente. Crecen muchas ciudades de manera prodigiosa. Los puertos aumentan cada mes en tráfico. Los centros mineros se explotan con la técnica más eficiente: Altos Hornos de Bilbao y de Sagunto, Peñarroya, Río Tinto, cuenca carbonera de Asturias... La construcción naval se muestra pujante. La agricultura ha logrado enormes avances, tanto por el empleo de ins

trumental apropiado, como por la introducción de cultivos, v. g.: el de la remolacha azucarera, ahora se ensayan los del tabaco y el algodón. Se resucita la sericultura. Nuestros aceites conquistan los mejores mercados; y nuestras frutas se difunden por Europa entera. Renacen las artes industriales con alientos innovadores, sobre bases de tradición.

Si ya es mucho lo que se ha logrado, si ha



Madrid • Palacio Real, escalera

ido menguando la distancia que nos separaba de otras naciones—no sólo por la decadencia de los pueblos azotados por la guerra, sino por

nuestro brío ascensional—, mucho más se ha de progresar en plazo corto.

Para el pueblo español que estudia y trabaja, «alegría en la acción» es su divisa. El pesimismo que anida en algunos espíritus selectos no nace de ver al país caído, sino de no verlo tan alto como el deseo anhelara.

Quedan en el extranjero estampas de una España que, aunque no existió nunca, las motivó el atraso innegable del siglo XIX. De día en día la estampa se va decolorando, y el concepto de España gana en exactitud lo que pierde en «pintoresco».

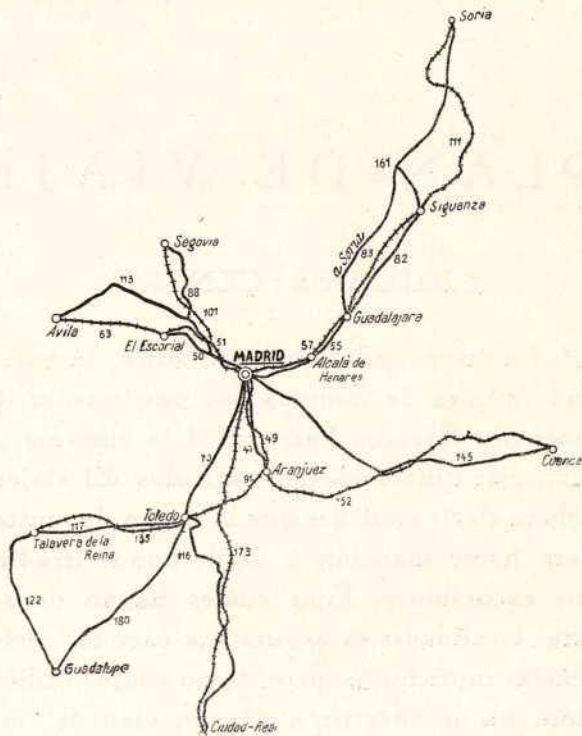
Ya el viaje de España no puede contarse siguiendo a Ford, a Dumas o a Gautier; los trenes españoles son equiparables a los mejores de Europa; y si la red ferroviaria no era muy extensa, aumenta ahora febrilmente y abundan extraordinariamente las líneas de *auto-cars*, fomentadas por la extraordinaria y rápida mejora de las carreteras, que las ha convertido en modelos, a pesar de las condiciones de nuestra topografía y de nuestro clima. El servicio de automóviles para turismo, aun en ciudades pequeñas, suele ser modelo de baratura y organización.

El problema del hospedaje está resuelto, de pocos años a esta parte, en las grandes poblaciones, hasta en las más humildes localidades se encuentran excelentes *fondas* donde ciertas faltas de «confort» están compensadas, para una estancia breve, con lo típico del mobiliaje y lo sabroso de las comidas del país.

PLAN DE VIAJE

CIUDADES - CENTROS

La diversidad de nuestro suelo, la variedad infinita de motivos que puede tener un viaje por España, hace difícil la empresa de aconsejar itinerarios determinados. El viajero deberá elegir ciudades que le sirvan de centros para hacer mansión y desde donde irradien sus excursiones. Fijar cuáles hayan de ser estas localidades es expuesto a caer en preferencias caprichosas; pero, como simple indicación, ha de advertirse, que un plan de viaje grato y provechoso podría tener por ciudades centros a Madrid, Salamanca, Valladolid, Zaragoza, Granada, Sevilla (viaje a Canarias) Santiago, Santander, Barcelona (viaje a Baleares), y Valencia, enumeradas siguiendo una imaginaria línea en espiral.



MADRID:

Huelga hacer consideración particular, como no sea advertir que es errónea la extendida creencia de su pobreza monumental y ar

tística—fuera del Museo del Prado—; Madrid posee edificios y viejos rincones en cantidad y calidad suficientes para motivar una estancia.

No precisa encomio su situación céntrica en un círculo que comprende: El Escorial, Alcalá, Aranjuez, Guadalajara, Toledo y Segovia, y algo más distantes, Sigüenza, Soria, Talavera, Ciudad Real y Cuenca, sin olvidar la Sierra de Guadarrama, deleitosa para cuantos gusten de los deportes alpinos.

El monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial, (págs. 53, 80, 81), que por trillado tópico es la octava maravilla del mundo; Alcalá, con sus recuerdos cisnerianos y cervantinos y sus edificios y su ambiente; Aranjuez, con sus parques y jardines; Guadalajara, memorable por el Palacio del Infantado y el panteón de la Condesa de la Vega del Pozo; Toledo, que es piña de monumentos y archivo de insignes memorias, ciudad de la que no podría prescindirse si se hubiera de visitar una sola de España; Segovia, que junta a su posición, el acueducto (pág. 7), los esplendores de su románico, el Parral y la Catedral, tan gentiles; Sigüenza, con su Catedral, rica en escultura del siglo xv y de comienzos del xvi; Soria, tan

injustamente olvidada; Talavera—torres, iglesias mudéjares, tradiciones de arte cerámica—; Ciudad Real, digna de ser conocida por el portapaz de Becerril y por el retablo de Santa María; Cuenca, que es de las más pintorescas poblaciones nuestras, con Catedral admirable y rica, y sus hoces bellísimas.

Casi todas estas ciudades tienen en sus cercanías lugares merecedores de una visita.

Madrid dista muy poco del Pardo, rico en tapices; del castillo del Real de Manzanares; de Buitrago, con su fortaleza y su hospital, que evocan al Marqués de Santillana; de Cadalso de los Vidrios, con un palacio y jardines, que ponen en la meseta primores de Italia; Esquivias, donde casó y vivió Cervantes; Móstoles, Bayona de Titulcia y sobre todo Illescas, con soberbias pinturas del Greco; Chinchón y Valdemoro, con Goyas; Getafe, con cuadros de Alonso Cano; el Nuevo Baztán, notable creación de Churriguera; el Pualar, ya en la sierra, imponente Cartuja con enorme retablo; Perales, con cuevas prehistóricas, curiosísimas...

Desde Guadalajara pueden visitarse: Cogolludo, espléndido palacio de los albores del Renacimiento; Fuentes, de extraña topografía;

Alcocer y Molina de Aragón, que renuevan los recuerdos de D.^a Mayor Guillén, amiga del Rey Sabio, y de la prudente esposa de Sancho IV; Zorita, con su castillo; Mohernando, que posee un admirable sepulcro del siglo xvi; y Pastrana, con soberbios tapices del siglo xv, que tienen por asunto las empresas de Portugal en África.

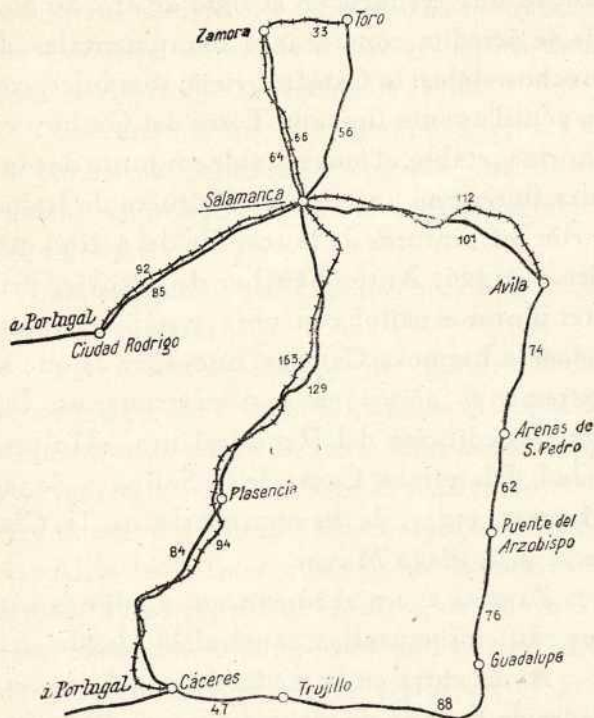
Desde Toledo: Yepes, La Guardia, Melque (pág. 39), Escalona, con la fortaleza de D. Alvaro de Luna; Torrijos.

Cerca de Segovia está La Granja—palacio y jardines con grandiosas fuentes—. Segovia es además centro para visitar los castillos de Coca, mudéjar, uno de los más bellos de España, y Turégano; Cuéllar, con iglesias de ladrillo; Sepúlveda.

SORIA está muy cerca de las ruinas de la heroica Numancia. Más dista de Burgo de Osma, que tiene Catedral con notables obras del Renacimiento, y del Castillo de Gormaz, tan evocador. En su provincia la ermita de San Baudel de Casillas de Berlanga, aun despojada de muchas de sus pinturas (págs. 39, 5-6), merece una visita por su construcción singular dentro del mozárabe.

Camino de Cuenca, están Ocaña y Huete; y desde Cuenca se visitarán: Belmonte, con magnífico castillo; Valera de Arriba; la Ciudad encantada (pág. 12) y la serranía, que ofrece paisajes de extraordinaria grandeza.

Talavera está cerca de Lagartera, donde se conservan trajes típicos e industrias artísticas populares tan bellas como los bordados y deshilados; de Oropesa, con monumentos y un confortable parador en el palacio, y de Masqueda, con fuerte castillo, que jugó papel en las discordias civiles del siglo xv.



SALAMANCA:

Por fisonomía y por influencias artísticas han de adscribirse a su zona ZAMORA y CÁCERES, y por proximidad ÁVILA.

SALAMANCA es compendio de arte y de historia de la cultura española y nuestra gran

ciudad universitaria en el siglo de oro. Su gloria se acredita con testigos monumentales de muchos siglos: la Catedral vieja, románica, con su gentil cúpula llamada Torre del Gallo y su enorme retablo, el más notable conjunto de pintura florentina anterior a 1450 fuera de Italia, y con las pinturas de la «capilla del aceite» que firma en 1262 Antón Sánchez de Segovia, primer pintor español con obra y nombre conocidos; la hermosa Catedral nueva, en la que se extremó el gótico en sus postrimerías; los grandes edificios del Renacimiento —Universidad, Irlandeses, Casas de la Salina y de las Muertes, etc.—; de tiempos barrocos, la Clercía y la Plaza Mayor.

ZAMORA evoca el romancero y admira con sus edificios: murallas, catedral, la Magdalena.

AVILA entra en la media docena de las ciudades de España de visita imprescindible: sus murallas, su Catedral con tesoros en talla y en tablas; San Vicente, al que si no bastase el sepulcro de los Mártires, guarda los únicos precedentes señalados hasta el día para el arte portentoso de Maestre Mateo; Santo Tomás, con un retablo magistral de Pedro Berruguete, el sepulcro del Príncipe D. Juan, la sillería del

coro, y sus claustros, y tantos otros monumentos capitales, sumados a los recuerdos de la gran escritora Santa Teresa de Jesús.

CÁCERES suministra el ejemplo singular de un barrio de palacios; y sus templos Santa María y Santiago cuentan magníficos retablos del siglo xvi.

Es esta zona de España muy apropiada para excursiones.

SALAMANCA da ocasión de visitar: Ciudad Rodrigo, en cuya Catedral, aparte estatuas del siglo xiii muy valiosas, entre ellas la más antigua representación de San Francisco de Asís, hay una de las sillerías más notables de España; Alba de Tormes, que con las memorias de la casa ducal guarda el sepulcro de Santa Teresa; el santuario de la Peña de Francia, imán de peregrinaciones de los siglos xv al xviii: Candelario que conserva usos y trajes antiguos, etc.

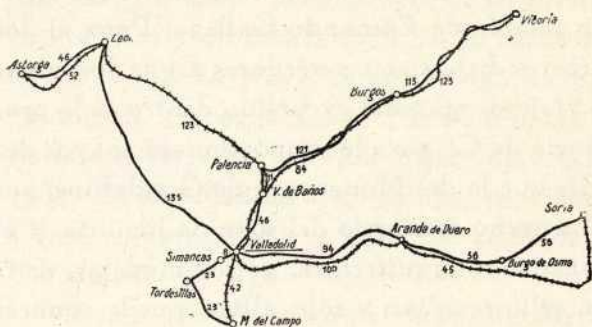
ZAMORA está próxima a Toro, con edificios y pinturas que justifican el viaje, y dista algo más de Medina del Campo, donde murió la Reina Católica, con el Castillo de la Mota, el palacio de las Dueñas, la Colegiata, San Martín y la Casa Blanca, ejemplar curioso de

una casa de campo del siglo xvi; de Benavente: con iglesias y un castillo-palacio en ruinas: de San Pedro de la Nave, iglesia visigótica profusamente decorada (pág. 57), de Puebla de Sanabria, cerca del lago tan bello como ignorado. Desde Medina del Campo se visitará Olmedo, amurallado y con dos retablos de Berruguete.

ÁVILA se tomará como punto de partida para Arévalo—merecen destacarse su mudéjar y sus tablas—, para Madrigal de las Altas Torres, cuna de Isabel la Católica, con recinto circular; para Piedrahita, lleno de recuerdos de la Duquesa de Alba; para Arenas de San Pedro y Barco de Ávila, feraces y pintorescos; para Candeleda, y para la Sierra de Gredos y su parador de Navarredonda.

Desde CÁCERES se visitarán: Plasencia—Catedral, con sillería labrada por Maestre Rodrigo y retablos de Gregorio Fernández y Churriguera—; Coria, asimismo, sede episcopal; el Monasterio de Yuste, donde fué monje y donde murió el Emperador Carlos V; Alcántara, famoso por su soberbio puente romano y por el convento de San Benito; Trujillo, nidal de conquistadores de América, con casas hi

dalgas y templos como Santa María, que tiene un retablo de Fernando Gallego. Pero, si los lugares dichos son acreedores a que los visite el viajero, ninguna excursión dentro de la provincia de CÁCERES le proporcionará mayor deleite que la del Monasterio de Guadalupe, por el estrecho consorcio del arte, la historia y el paisaje. Su arquitectura, gótico-mudéjar, tiene un sello peculiar; y sólo allí se puede conocer a Zurbarán en toda su plenitud; sin contar que en telas y libros de coro sobrepuja Guadalupe a muchas catedrales ricas.



VALLADOLID:

Extrañará un tanto el gráfico; las comunicaciones ferroviarias determinan la elección que da como el vértice de un ángulo que tiene sus extremos en Astorga y en VITORIA, y comprende a LEÓN, PALENCIA y BURGOS.

VALLADOLID, a notables edificios, que van del gótico florido de San Gregorio al herreriano de su Catedral, junta el haber sido foco de la escultura castellana (pág. 67-8), que sólo allí puede conocerse bien.

LEON en tres grandiosos edificios: San Isidoro (págs. 41-42), la Catedral y San Marcos define tres momentos capitales de nuestro arte arquitectónico; y las pinturas románicas del panteón de reyes y las de maestre Nicolás

Francés en la Catedral, son modelos singulares en sus órdenes respectivos.

PALENCIA, con Catedral llena de valiosas esculturas, pinturas y rejas, tiene, entre otros monumentos, San Pablo, San Miguel y Santa Clara, que al arte suma leyendas.

De BURGOS se necesitaría largo espacio para encomiar su importancia: las Huelgas, la Catedral, la Cartuja de Miraflores, San Nicolás, San Lesmes, San Gil, el Museo, son nombres que suscitan evocaciones de tesoros artísticos.

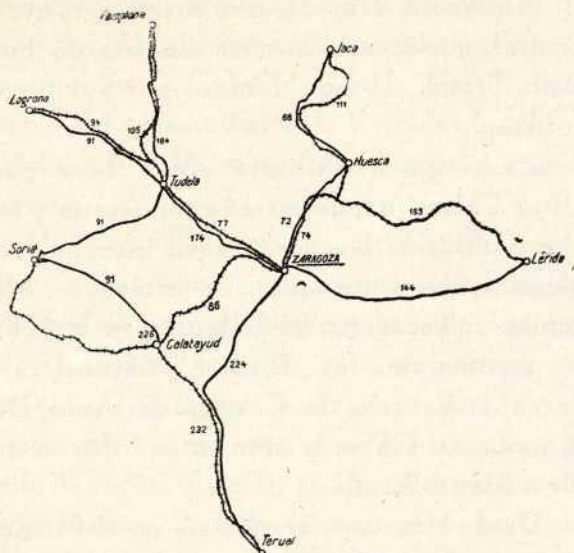
VITORIA, ciudad moderna y atractiva, posee en su Diputación notables cuadros de Ribera y de Carreño.

Desde VALLADOLID están indicadas excursiones a Simancas, meca de estudiosos del pasado español, por su enorme archivo; Medina de Ríoseco, rica en talla decorativa y en esculturas; Tordesillas, con el soberbio monasterio de Santa Clara, que fué retiro durante muchos años de la Reina Loca, y que en clausura guarda importantes restos moriscos. Fuera de ella, en la iglesia es espléndido el techo de carpintería, admirable la capilla del Contador; curiosos, los baños.

PALENCIA está entre Baños, con su notabilísima iglesia visigótica; Paredes de Nava, con grandes retablos; Frómista y Amusco, ricas en arte, y Aguilar de Campóo con magnas ruinas.

Camino de LEÓN está Sahagún—magnífica torre y soberbia custodia de Enrique de Arfe—, y desde LEÓN se visitará Astorga—el retabló de su Catedral es la obra maestra de Becerra—, y el Bierzo con Ponferrada, Carracedo, Corullón, Santo Tomás de las Ollas, Villafranca y las Médulas que fueron riquísimas en oro.

La provincia de BURGOS está llena de pueblos históricos y monumentales: Silos es uno de los focos capitales (pág. 68) de la escultura románica; Lerma, Covarrubias, Medina del Pomar y Aranda de Duero muestran edificios y esculturas y pinturas que los hacen acreedores a sendas visitas; y la ermita de Quintanilla de las Viñas, en el Campo de Lara, es de los edificios godos más importantes.



ZARAGOZA:

Centro natural de Aragón y con acceso fácil a Navarra y la Rioja.

Cuenta dos catedrales: la gótica de la Seo, rica en esculturas y en tapices, y la barroca del Pilar, con retablo y sillería de coro del siglo xvi y frescos del xviii, entre ellos dos de Goya. De otros monumentos: la Aljafería, la Lonja, San Pablo, Santa Engracia, y, por añadidura, los alicientes de una población en auge y rica de recuerdos históricos.

Al Norte, HUESCA, con fuerte carácter y catedral, que guarda la obra maestra de Formont. TERUEL, al Sur, famoso por sus torres moriscas.

ZARAGOZA se utilizará como base para visitar Calatayud, de extraña topografía y notables edificios; Daroca, ciudad murada, con colegiata, que es un museo de primitivos; Maluenda y Tarazona, abundantes en retablos; los monasterios de Piedra —naturaleza—; Rueda y Veruela; la Cartuja de Aula Dei, decorada por Goya; la gran ciudad ibérica que sale a luz en Azaila.

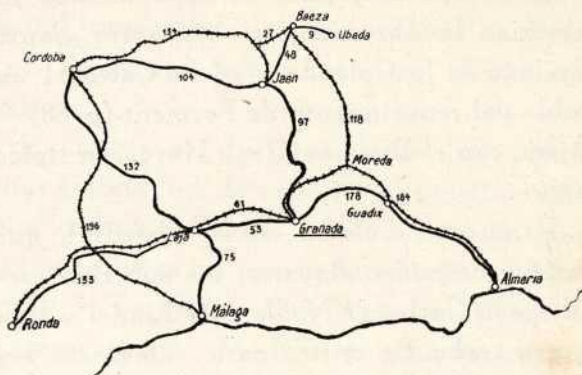
Desde HUESCA se ira: a Jaca en el Pirineo, con importante Catedral, y que tiene en sus cercanías el insigne cenobio de San Juan de la Peña; al monasterio de Sigüenza y a Roda, excursión difícil, que se encuentra compensada por la antiquísima Catedral —sede que se trasladó a Lérida—, que conserva recuerdos de un San Ramón, que allí fué obispo en el siglo XII.

Próximo a TERUEL está Albarracín, pueblo muy pintoresco, con Catedral que posee una colección de tapices.

Entre Zaragoza y LOGROÑO están Tudela y Calahorra; y desde LOGROÑO, donde la es

tancia es apacible, pues ni monumentos ni memorias la abruman, se visitarán: Santo Domingo de la Calzada —en la Catedral un retablo del renacimiento de Forment (p. 68)—; Nájera, con el Panteón Real; Haro, con típico caserío...

PAMPLONA muestra en su Catedral, que tiene un magnífico claustro, los soberbios sepulcros de Carlos *el Noble* y de Lionel y una arqueta árabe. Es centro para numerosas excursiones sugestivas; baste enunciar las de Roncesvalles —paisaje, arte e historia—, el Valle de Ansó, Estella, el Castillo palacio de Olite, Eunate, Tafalla, la casi ignorada Ujué, San Miguel *in excelsis* del Monte Aralar, que posee una de las piezas de esmalte más hermosas que se conocen...



GRANADA:

Por su carácter vigoroso es comparable a Toledo y a Santiago. Las maravillas de su Alhambra, los encantos del Generalife, la magnificencia de sus edificios del siglo xvi —Palacio de Carlos V, San Jerónimo y la Catedral—, la suntuosidad de su barroco y su emplazamiento bajo el Veleta y sobre la feraz vega, hácenla lugar adecuado para larga mansión.

Es centro de un círculo que tiene en la circunferencia a CÓRDOBA, JAÉN, MÁLAGA y ALMERÍA.

En CÓRDOBA basta la Mezquita para móvil del viaje, sin necesidad de recordar otros mo

numentos ni evocar las glorias de su pasado, cuando era foco de la cultura occidental.

JAÉN tiene edificios de la importancia de su hermosa catedral, y en sus proximidades, Baeza y Ubeda, donde se manifiestan esplendorosas las artes del Renacimiento.

MÁLAGA es una ciudad a la moderna y de clima plácido, con catedral, hija de la de Granada, y abundante escultura barroca, en especial del gran artista Pedro de Mena (p. 69).

ALMERÍA, también su clima es delicioso, y conserva la Alcazaba y el caserío, de aspecto morisco.

Desde GRANADA se irá a la Alpujarra y a Sierra Nevada, que en la subida tiene un excelente hotel; a la Calahorra, castillo cuyo interior es de mármol labrado en Italia; a Guadix, con catedral y pintorescos barrios, alguno de cuevas.

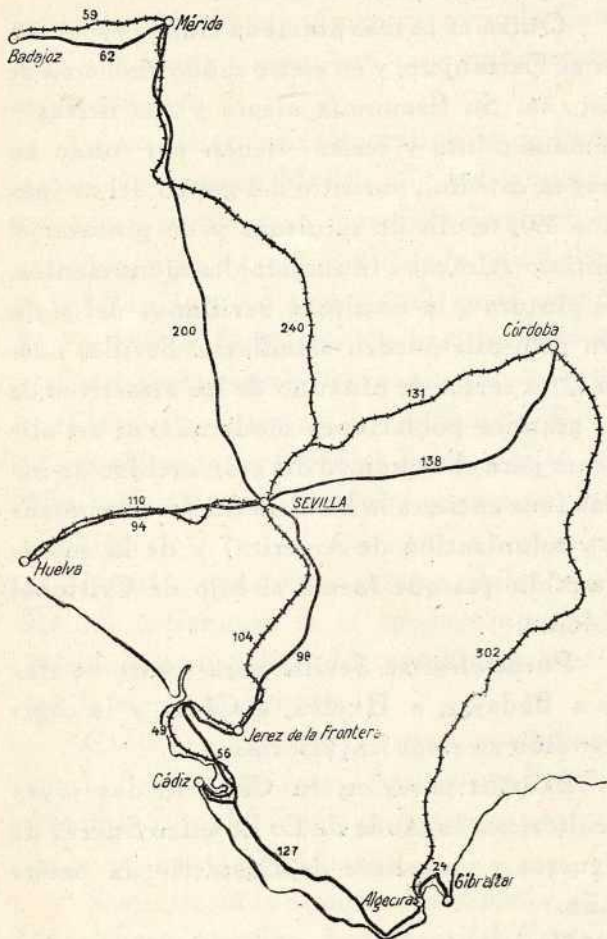
De CÓRDOBA quedan muy cerca las Ermitas, las ruinas de Medina Zahara, San Jerónimo de Valparaíso; Fuenteovejuna, con buenos retablos; Cabra, Lucena.

Desde Jaén, además de las insignes Ubeda y Baeza, se puede visitar Villacarrillo con monumentos renacientes; Peal de Becerro, con

importante cámara sepulcral ibérica (p. 31).

Desde MÁLAGA: Antequera, que tiene en sus afueras el hermoso dolmen llamado la cueva de Menga (p. 29) y los también notables del Romeral y Viera; el Chorro, de espléndida naturaleza; las ruinas de Bobastro; Ronda, tan típica y pintoresca, y por la costa, Nerja y Almuñécar.

Málaga ha de tomarse como puerto de salida para un viaje, lleno de atractivos, por el Norte de África si se visita la gran ciudad moderna de Melilla, Alhucemas, Tetuán, población pintoresca, evocadora de nuestros pueblos moros andaluces; Xauen, la ciudad santa; Tánger, tan española, aunque internacionalizada, etc., etc. A no dudar, nuestra zona de Marruecos ha de ser en corto plazo predilecta del turismo mundial.



SEVILLA (VIAJE A CANARIAS)

Quizá es la más afamada ciudad española en el Extranjero, y en cierto modo emblema de España. Su fisonomía alegre y sus fiestas—Semana Santa y ferias—tienen por fondo su magna catedral, portento del gótico del xv (página 39), tesoro de escultura y de pintura: el morisco Alcázar e innumerables monumentos. La pintura y la escultura sevillanas del siglo xvii sólo allí pueden estudiarse. Sevilla, además, no carece de ninguno de los atractivos de las grandes poblaciones modernas: ni del aliente para el estudioso del gran archivo de Indias (que encierra la historia del descubrimiento y colonización de América) y de la soberbia biblioteca que formó el hijo de Cristóbal Colón.

Puede elegirse Sevilla para centro de viajes a Badajoz, a Huelva, a Cádiz y lo comprendido en estas trayectorias.

BADAJOZ posee en su Catedral dos joyas escultóricas: la laude de D. Lorenzo Suárez de Figueroa y un relieve de Desiderio da Setignano.

HUELVA tiene un acueducto Árabe y varias iglesias de interés.

CÁDIZ reúne a una magnífica situación, ruinas fenicias y monumentos como la Catedral, y la Santa Cueva, con tres grandes pinturas de Goya.

La excursión más importante desde Badajoz es a la romana Mérida, que las excavaciones hacen surgir para maravilla de propios y extraños, pues su teatro, edificado por Ágripa, el del Panteón, no tiene igual en el mundo. Su Episcopio (p 75), las tumbas, con pinturas recién descubiertas; su gran puente visigótico y tantos otros restos del esplendor pasado hacen obligada esta visita. Zafra, por su castillo, palacio y sus iglesias, merece un viaje también.

HUELVA tiene muy cerca a Palos y a la Rábida, arranques de la epopeya americana; Niebla con antigüedades notables, y más lejos, la sierra de Aracena.

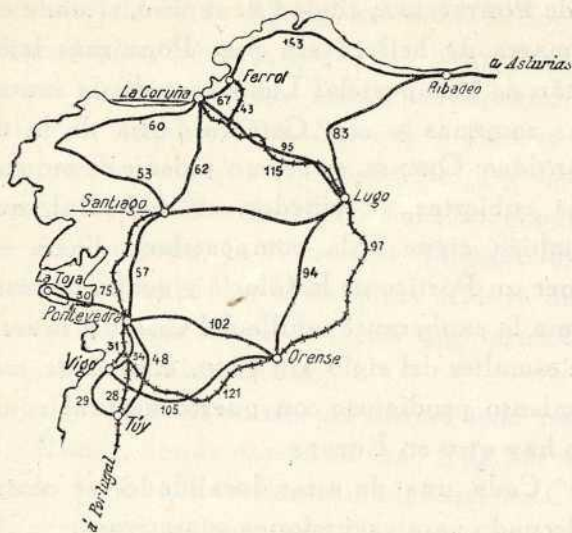
CADIZ se aprovechará para conocer Sanlúcar de Barrameda, Jerez, Arcos de la Frontera, Medina-Sidonia, Tarifa y Algeciras, enfrente de la espina de Gibraltar.

SEVILLÁ está contigua a Santiponce, con el Monasterio de San Jerónimo del Campo, y las ruinas de Itálica, y desde allí es cómodo

visitar Marchena, Utrera, Osuna —con admirables cuadros de Ribera—y Lebrija.

Sevilla es cabeza de la línea aérea que va a Larache, rápido medio para recorrer la zona española del Norte de África, tan merecedora de visitarse.

Desde Cádiz hay comunicación regular con las Canarias, las islas Afortunadas, de clima y vegetación incomparables; con ciudades como Santa Cruz de Tenerife, La Laguna y Las Palmas, parajes como el valle de la Orotava y la subida al Teide, con tan diversos aspectos, que dan motivo para una larga estada.



SANTIAGO:

Es centro de Galicia. A la tradición y culto apostólicos suma los recuerdos de la peregrinación (pág. 41) y su riqueza artística. La Catedral; el Hospital Real, el Colegio de Fonseca, ejemplar del plateresco; las magnificencias barrocas (pág. 53); el caserío sembrado de palacios, hacen de Compostela una de las ciudades más interesantes del mundo.

Casi equidista de LA CORUÑA—próspera y alegre bajo la torre de Hércules (pág. 32)—

y de PONTEVEDRA, ciudad de reposo, situada en comarca de belleza sin par. Poco más lejos están de Compostela: LUGO, cercada de murallas romanas y con Catedral, hija de la de Santiago; ORENSE, en severo paisaje de montañas cubiertas de viñedos, su Catedral, que también sigue a la compostelana hasta en tener un Pórtico de la Gloria y gozan de justa fama la exuberante capilla del Cristo y la serie de esmaltes del siglo XII; VIGO, ciudad de crecimiento prodigioso con puerto natural como no hay otro en Europa.

Cada una de estas localidades es centro adecuado para excursiones sugestivas.

Desde SANTIAGO se visitará las orillas N. y NO. de la Ría de Arosa y las de Muros y Noya; las imponentes y románticas ruinas de los monasterios de Carboeiro y de Sobrado, el Castillo de Pambre, y la tierra del Ulla, fértil y abundante en *pazos* (Oca, Ribadulla...)

Desde LA CORUÑA, la ría de Corcubión, el desolado Finisterre y las Mariñas, Sada, Meirás, Betanzos, el Monasterio de Monfero, Puente deume, la iglesia de Cambre, el Castillo de Narahio, y El Ferrol, con su astillero.

Desde PONTEVEDRA, su ría y la orilla

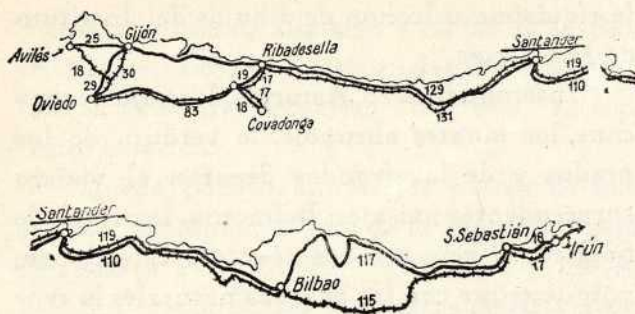
oriental de la de Arosa; los monasterios de Armenteira, Lérez y Poyo, los balnearios de grata mansión de La Toja y Mondariz; las islas de Tambo, Ons, Salvora y Arosa; los pintorescos pueblos de Marín, Loira y Combarro; los castillos de Mos y Sobroso; el puente de Sampayo; la floreciente Villagarcía; la señorial Cambados; la viejísima atalaya de la Lanzada, y las torres de Oeste que recuerdan las correrías normandas.

Desde VIGO, su ría, del último seno pasado Rande, donde parece un lago (pág. 12) centrado por la isla de San Simón, hasta las Cies, de perfil tan gracioso, que abrigan su boca; por carretera se irá a Bayona cruzando el feraz valle Miñor, y por la *cornisa*, en la que a mitad de camino se encuentra el Monasterio de Oya, se llegará a La Guardia, se subirá al Tecla (pág. 10), dejando a la izquierda el rico valle del Rosal, y teniendo por la derecha, Miño en medio, a Portugal, se entrará en Tuy, con Catedral y vista incomparable.

Desde Orense se visitarán: los monasterios de Osera, Melón, Celanova, San Clodio, Ribas de Sil y Montederramo; las iglesias de Santa Comba de Bande, visigótica (pág. 34), y

de Mixós, San Martiño de Pazó, y sobre todo, San Miguel de Celanova, mozárabes; la extraña y pintoresca de San Pedro de Rocas; la Colegiata de Xunqueira de Ambía; los castillos de Monterrey y Castro Caldelas; los codos de Larouco y el puente romano de Bibey; las villas de Ribadavia, Vilanova, dos Infantes y Allariz; la laguna Antela...

Lugo dista pocos kilómetros de Santa Eulalia de Bóveda (pág. 33 y 75) y tiene al N. Mondoñedo con Catedral, y el Monasterio de Lorenzana, y ya en la costa a Vivero y Ribadeo, al fondo de rías que hubiera pintado Pastinir, y al S. la maravilla de la ingeniería romana de Montefurado, y Monforte monumental, dominando la tierra de Lemos; el castillo de Villalba, los monasterios de Samos y Meira y el Cebrero (pág. 9), donde se localiza un aspecto de la leyenda del Santo Grial.



SANTANDER:

Centro del litoral cantábrico de Pasajes a Castropol y ciudad a propósito para veraneo. Suave clima, amenos paisajes, comodidad en las comunicaciones, y para los estudiosos la riquísima biblioteca de Menéndez y Pelayo.

Son a manera de subcentros: OVIEDO, GIJÓN, BILBAO y SAN SEBASTIÁN.

OVIEDO atrae al turista con su Catedral, y más todavía con los singulares monumentos ramirenses de Naranco y Lino; con Santu Ilano, de tiempo de Alfonso II, y Valdediós, bajo Alfonso III, y con la Cámara Santa, famosa por sus esculturas y por sus relicarios de orfebrería medieval.

GIJÓN suma a su prosperidad industrial,

la riquísima colección de dibujos del Instituto de Jovellanos.

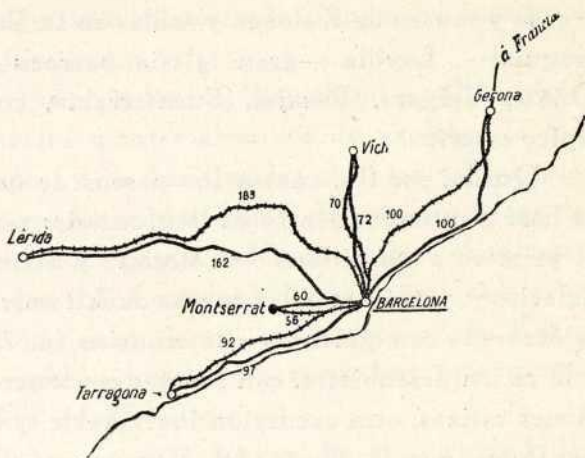
Internándose en Asturias, los valles estrechos, los montes abruptos, la verdura de los prados y de las frondas deparan al viajero sorprendentes paisajes: Belmonte, los lagos de Somiedo...; pero a todos aventaja Covadonga, porque reúne con las bellezas naturales la evocación del comienzo de la reconquista. Entre los pueblos asturianos, pocos hay más pintorescos que Cudillero.

No necesita BILBAO, la gran ciudad del Norte de España, ponderaciones que animen a visitarla; a sus valores notorios hay que añadir dos importantes museos y sus bellísimos alrededores: Archanda, Las Arenas, Neguri. Es centro para visitar Guernica, Elorrio, Durango.

Tan innecesario es, por lo menos, justificar la estancia en SAN SEBASTIÁN; una tradición de medio siglo la afianza entre las ciudades de más grato vivir de Europa; en comarca cruzada por cuidadísimas carreteras. El trayecto de Zarauz a Fuenterrabía por la costa sólo tiene rival en las rías gallegas. Con gratísimas las excursiones a Zarauz, Zumaya

—casa y museo de Zuloaga y tablas en la Parrroquial—, Loyola —gran iglesia barroca—, Oñate, Vergara, Pasajes, Fuenterrabía, con típico caserío...

Queda, por fin, anotar los paseos de que es base Santander dentro de la Montaña: será el primero a Santillana —Colegiata y viejos; palacios— y próximas las cuevas de Altamira; la decorada con pinturas cuaternarias (p. 73) y la recién descubierta, con fantásticas concreciones calizas; otra excursión inolvidable es la de Potes por la ribera del Deva —en ella la preciosa iglesia mozárabe de Santa María de Lebeña—, la subida a Piedras Luengas, en el límite de Palencia con el panorama de los Picos de Europa y la bajada por Puente Nansa; los altos de Alisas y la Braguía; y de otro orden, los amenos parajes del río Cubas y de la fuente del Francés, la colegiata de Castañeda, San Vicente de la Barquera, los Palacios de Soñanes y Pámanes, etc., etc,



BARCELONA: (VIAJE A LAS BALEARES)

Resulta ocioso encarecer la importancia de Barcelona, mas no lo es tanto indicar sus valores de arte, y no sólo en su Museo, aunque por ejemplo en pinturas románicas sea el más rico del mundo, sino en monumentos, como la Catedral, Santa María del Mar, el Palacio de San Jorge, y aun el templo en construcción de la Sagrada Familia, genial proyecto de Gaudi.

Rápidos medios ponen en comunicación a Barcelona con Lérida, Gerona y Tarragona.

LÉRIDA tiene convertida en cuartel su mag

nifica Catedral gótica, y se aprovechará la estancia para visitar en Bellpuig el sepulcro de Cardona, por Giovanni da Nola, que figura entre las más notables obras del arte italiano en España; Solsona y la Seo de Urgel, con catedrales gótica y románica respectivamente.

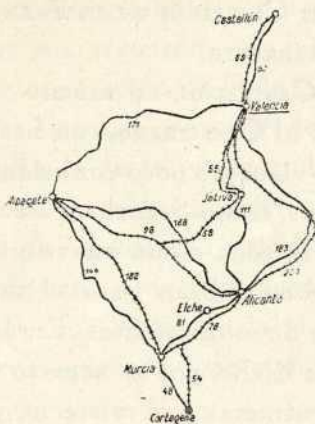
GERONA, famosa por su Catedral, con enorme nave (1416-1579), soberbio retablo de plata del siglo XIV, y su claustro románico; del mismo estilo es el grandioso de San Pedro de Galligans. De Gerona se irá a Ripoll—gran pórtico románico—y Ampurias y Rosas, focos de memorias y restos griegos.

TARRAGONA, igualmente que Mérida, es uno de los centros más intensos de la cultura y el arte romanos en España; sus grandiosas murallas, el Palacio de Augusto, el Circo, el Anfiteatro, el Arco de Bará, la torre de los Escipiones, la Necrópoli, etc., revelan su antigua grandeza; de arte cristiano, la Catedral es magno edificio con joyas como el retablo mayor de escultura (1424-1434). En la provincia es ciudad de importancia monumental Tortosa; y por su arquitectura y sus recuerdos Poblet tiene singulares atractivos.

Desde BARCELONA se visitarán: Vich, con

Catedral; notabilísimo Museo de pintura de la Edad Media y de objetos litúrgicos; Montserrat, lugar de devoción y espléndido paisaje; Santas Creus, monasterio, émulo de Poblet; Sitges, pintoresco pueblecito de mar, con el Museo de Cau Ferrat; Tarrasa, con viejísimas iglesias, de las que San Miguel es visigótica: por citar tan sólo los más notables lugares monumentales; pues los de importancia fabril y los pintorescos requerirían mayor espacio.

BARCELONA es, además, punto de partida para la excursión a las islas Baleares. Mallorca es la isla de la luz y de las flores, donde naturaleza y arte se hermanan como en pocos parajes del mundo; donde cielo, tierra y mar rivalizan en hermosura y apacibilidad.



VALENCIA (VIAJE A BALEARES)

Tierra de arte, por su luz y por sus tradiciones; mantuvo en relación frecuente con Italia. Es Valencia ciudad, en feraz comarca, con puerto importante; todo la hace centro obligado de una dilatada zona de turismo. En lo monumental, la Catedral, las torres de Serranos, la bellísima Lonja, San Juan del Mercado, el palacio de Dos Aguas, etc., y en pintura, además del Museo, la misma Catedral, el Colegio del Patriarca, etc., compensarán con creces las ilusiones forjadas antes de visitar VALENCIA.

Se aconsejará elegir VALENCIA como centro

para recorrer CASTELLÓN DE LA PLANA, ALICANTE MURCIA y ALBACETE.

Desde CASTELLÓN, en ameno y fértil término, se irá al Caestrazgo, con hermosos paisajes y arte vigoroso poco conocido; y a ciudades históricas, como Segorbe y Peñíscola.

ALICANTE goza clima suave y paisaje deleitoso, que equilibran para el turista la no abundancia de monumentos. En la provincia se visitarán: Elche, por su aspecto oriental, su bosque de palmeras y el *misterio*, y Orihuela, con Catedral, y el convento de Santo Domingo.

MURCIA tiene una magnífica Catedral, con la torre del Renacimiento, y la lujosa capilla de los Vélez. Merced a las obras de Salzillo (pág. 71) la Semana Santa es de las más atractivas de España. Desde Murcia se irá a Lorca y a Cartagena.

ALBACETE, ciudad manchega; relacionarla con VALENCIA se juzgará extraño, más lo fuerza la distribución, como antes se dijo. Desde Albacete se visitarán Almansa, con su castillo, y las cuevas de Alpera, con notabilísimas pinturas prehistóricas.

VALENCIA tiene dentro de la provincia nu

merosas excursiones factibles y gratas: la de Sagunto, por sus recuerdos, su teatro, y las excavaciones en su acrópoli; la de Gandía, por su historia y por las pinturas de Paolo de Santo Leocadio; la de Játiva, porque sus iglesias son museos de tablas primitivas, y por su situación, ya que desde el castillo o desde el Calvario se domina amplio y variado panorama; Canals, por la memoria de los Borjas; Alcira y Carcagente, por sus naranjales, etc., etc.

Puede elegirse Valencia, también, como puerto de arranque para visitar las ISLAS BALEARES. Mallorca, Pollensa, Sóller, Vallde-mosa, las cuevas de Artá y del Drach, Miramar y tantos otros lugares donde el paisaje mediterráneo despliega su belleza seductora. Mas no hay tampoco que olvidar las riquezas artísticas: en Palma, la Catedral, la Lonja, el convento de San Francisco con el sepulcro de Raimundo Lulio; el Castillo de Bellver; en Menorca, los monumentos prehistóricos; en Ibiza, su catedral, etc., etc.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
EL TERRITORIO.....	7
NOTAS HISTORICAS.....	17
LAS ARTES.....	25
LA ARQUITECTURA.....	29
LA ESCULTURA.....	57
LA PINTURA.....	73
ARTES INDUSTRIALES.....	87
LA VIDA.....	97
LAS FIESTAS.....	99
LAS COMIDAS.....	111
EL PRESENTE.....	121
PLAN DE VIAJE.—CIUDADES-CENTROS.	127
MADRID.....	128
SALAMANCA.....	133
VALLADOLID.....	138
ZARAGOZA.....	141
GRANADA.....	144
SEVILLA.....	148
SANTIAGO.....	151
SANTANDER.....	155
BARCELONA.....	158
VALENCIA Y BALEARES.....	161



EJEMPLAR GRATUITO
EXEMPLAIRE GRATUIT
FREE COPY.
KOSTENLOS MUSEUM

PESETAS 2,50

I. CARDENAL

BIB.

FONDO ANTIGUO

S. XIX

CISNEROS
S-93
JOSÉ M^oIGUAL
-XX